

Alceste

de Benito Pérez Galdós



Tragicomedia en tres actos
(el tercero dividido en dos cuadros)

Representóse en el Teatro de la Princesa
la noche del 21 de abril de 1914

Edición de Rosa Amor del Olmo

Isidora Ediciones

Alceste, Tragicomedia en tres actos (el tercero dividido en dos cuadros)
Representóse en el Teatro de la Princesa la noche del 21 de abril de 1914.

Edición de Rosa Amor del Olmo

A los espectadores y lectores de *Alceste*

Tiempo ha que me sentí cautivado por la tradición de Alceste, reina de Tesalia, ejemplo y cifra de abnegación sublime, alma candorosa y poética que ilumina las edades remotas en que la historia se confunde con la mitología.

Asunto tan bello parecióme muy adecuado para presentarlo en forma teatral, con procedimiento y estilo modernos. Mi primera labor fue escudriñar en las lejanías oscuras de la vida helénica los hechos que determinaron aquel caso de altruismo heroico, desde la sentencia de Admeto hasta la muerte y resurrección de la joven y amorosa reina.

En la confusión que envuelve esta leyenda he podido determinar la fecha probable. Eumelo, hijo mayor de Alceste, a quien presento con ocho años de edad, figura en la *Iliada*, canto segundo, mandando once de las naves que fueron a la conquista de Troya. Estaba casado con una hermana de Penélope y combatió valerosamente en las huestes de Aquiles y Agamenón. En la *Odisea* también habla el padre de la Poesía de las proezas del hijo de Alceste. Determinemos, pues, con la vaguedad de la cronología helénica, que nuestro asunto fluctúa entre los años 950 y 980 antes de la Era cristiana.

Viejecillo es el tema: estamos en la época arcaica. Decidido a llevar al Teatro la leyenda de Alceste, la opinión de José Ramón Mélida y las expresivas observaciones de María Guerrero, maestra insuperable en todas las artes de la escena, moviéronme a trasladar la acción al tiempo de Pericles, el más apropiado para dar esplendor a los accesorios de la fábula teatral. Ya en el terreno de las licencias, hube de tomarme otras. La primera fue sustituir el personaje de Apolo por Mercurio, pues esta divinidad, más en contacto con los mortales, me facilitaba la modernización de mi tragicomedia, dando a tal figura el carácter irónico y familiar que me convenía. Otra licencia, de la que no me arrepiento, es sacar a escena a la madre de Admeto, con el nombre imaginario de Erectea, formando con ella un carácter tan acentuado como el del anciano Pherés, padre del Rey de Tesalia. Nuevas licencias o libertades, lícitas en todo arte, advertiréis en la presentación de los parásitos, agasajados en el palacio y mesa de los reyes: el historiador Gorgias, el filósofo Aristipo, Cleón el astrónomo y el citarista Polícatres. Reforma tan arbitraria como legítima es utilizar el Anfictionado, o Federación tesálica, como resorte dramático que determina y refuerza el hermoso acto de Alceste.

Ni esto, ni los parásitos, ni los caracteres de Pherés y Erectea, encariñados con la Regencia Trina; ni la intervención de Hermes, humanizado y ecléctico; ni el indumento vistoso, se acomodaban a la época arcaica, en la cual la tosquedad de la arquitectura, la simplicidad de los trajes y la barbarie de las costumbres amenguarían el encanto del artificio teatral.

La más hermosa obra, entre las muchas que inspiró la leyenda de Alceste, es la tragedia de Eurípides, representada en Atenas el año 438 antes de Jesucristo. Atentamente leída una y otra vez, pensé que para interesar al público de nuestros días érame forzoso desarrollar la acción con método absolutamente distinto al seguido por el maestro helénico, que, naturalmente, se cuidaba de agradar a sus coetáneos. La prolija disputa entre Apolo y el Genio de la Muerte; las lamentaciones del Coro, por cuya boca expresa el poeta sus pensamientos, suplicando en ocasiones el sentir de los personajes vivos; la *Parabase*, el discurso del

Escoliaista ante la *caterva* de comediantes, huelgan en nuestro tiempo, como no revistan el carácter de curiosidad arqueológica. Pero he prescindido de ello en la firme creencia de que tales curiosidades son más para leídas que para representadas.

El único contacto que tiene la obra que vais a leer con la tragedia de Eurípides está en el paisaje de ternura en que la Reina moribunda se despide de sus hijos, de su esposo y de su servidumbre. Por caminos enteramente distintos a los de Eurípides llego al desenlace: la resurrección de Alceste. Presento a Hércules como el héroe invicto, cuya misión es limpiar de monstruos toda la tierra y restablecer la justicia entre los mortales. Dignifico al personaje omitiendo los actos crapulosos y de glotonería, que daban ocasión a las risotadas y bullanga de los espectadores atenienses en la representación de la obra de Eurípides. La solemnidad trágica se convertía en jácara bufonesca, según consta en documentos literarios que han llegado hasta nosotros. Para precipitar la solución final, el hijo de Júpiter, que se ha expresado con la mesura y elocuencia propias de su abolengo divino, se convierte en taumaturgo ante el cadáver de la hermosa Reina, y con ardoroso conjuro la saca del sombrío imperio de la Muerte.

Termino asegurando que la abnegación de la reina de Tesalia tiene todo el valor ético de un sacrificio cristiano. Ni en la mitología india, ni en la caldea, ni en la escandinava encontramos un acto semejante al de la divina Alceste, consumado diez siglos antes de Jesucristo.

B. Pérez Galdós.

Madrid, 21 de abril de 1914.

Reparto

Personajes: Actores:

Alceste, Reina, esposa de Admeto Señora Guerrero

Admeto, soberano de Tesalia Señor Codina

Pérez, príncipe de Pherés, padre de Admeto Señor Vilches

Erectea, princesa de Pherés, madre de Admeto Señora Torres

Eumelo, niño de ocho años, príncipe de Tesalia, hijo de Alceste y Admeto Señorita Hermosa

Diomeda, niña de cuatro años, ídem, ídem, Niña Candelas

El Dios Mercurio (Hermes) Señor Díaz de Mendoza (F.)

Hercules, héroe, semidiós Señor Thuillier

Hiperion, custodio de los archivos de Tesalia Señor Cirera

Demofonte, sacerdote de Delfos Señor Guerrero

Gorgias, parásito consagrado a la historia Señor Juste

Aristipo, filósofo Señor Medrano

Cleón, físico y astrónomo Señor Cariz

Policrates, músico, flautista Señor Mesejo

El genio de la muerte (no habla)

Tisbe, nodriza y camarera de Alceste Señorita Cancio

Frine, esclava muy hermosa Señora Salvador

Periandro, mayordomo de casa de Admeto Señor Bayles

Otras esclavas, también muy guapitas. Doncellas, guerreros, próceres, magnates, patricios y dignatarios de la corte.

Acto primero

Sala baja en el Palacio de los Soberanos de Tesalia. En el foro izquierda, puerta grande que comunica con el exterior. En el resto del paramento tapices, que oportunamente se descorren

para dar paso al comedor. A derecha e izquierda, puertas que dan acceso al interior del edificio. En el proscenio, hacia la izquierda, una mesa, sillas, banquetas o escaños. Es de día. La acción se desarrolla en Larissa, capital de Anfictionado de Tesalia. Derecha e izquierda se entienden del espectador.

Escena primera

Admeto, que entra por la derecha con marcadas demostraciones de pena y desesperación; tras él, Gorgias

Gorgias.- Admeto, soberano de Tesalia, sosiégate; óyeme...

Admeto.- Déjame. Mi dolor busca la soledad.

Gorgias.- ¿Rechazas la compañía de tu mejor amigo? Pon una pausa a tu dolor y hablemos.

Admeto.- ¡Ay Gorgias, mi leal amigo! Tus palabras no han de darme ningún consuelo. (*Se sienta. Apoya los codos en la mesa y la cabeza en las palmas de las manos.*)

Gorgias.- No desesperes. Aguarda...

Admeto.- Aguardo, sí, esta noche la hora fatal de una muerte instantánea. Cesaré mi vida como una luz que se apaga súbitamente. ¡Es horrible, horrible! El padre de los dioses, el inexorable Júpiter, me ha condenado a perecer en la plenitud de la vida, arrebatándome al cariño de mi esposa y de mis hijos, al gobierno de estos reinos y al amor de mis súbditos. ¿Y por qué? Por un arrebato mío que no merecía, sin duda, pena irreparable.

Gorgias.- Ya sé que en la floresta del monte Hymeto, cazando con tus amigos, mataste al bello Corydón, hijo de la ninfa Liriope. Lo sé por Demofonte, el sacerdote de Delfos.

Admeto.- Pero no sabrás que Liriope es protegida de Juno...

Gorgias.-- ¡Por Saturno y su estirpe! ¡Qué desdicha la tuya! ¡Las ofensas a la orgullosa Juno atraen siempre la cólera y el rayo de su esposo!

Admeto.- Pero yo digo: si Júpiter es la justicia, si es la razón y el orden de todo el universo, ¿cómo no ha tenido en cuenta mis méritos, mis trabajos por el bienestar del género humano, antes de condenarme a perder la vida? ¿Pues qué? ¿No significan nada las hazañas, los actos heroicos del que acompañó a los argonautas en la conquista del vellocino? ¿Por ventura, nada valen mis campañas guerreras y mi destreza política para confederar los estados esparcidos de Tesalia, y hacer con ellos una nación poderosa y fuerte?

Gorgias.- Sí, nadie conoce como yo tus altos hechos. Escribo la historia, y transmito las hazañas de todos los héroes a las generaciones venideras. Aunque es grande tu gloria, ¡oh Rey!, no te rebelas contra la voluntad de Júpiter. Dios es Dios, y nuestras vidas miserables están y estarán siempre en su mano.

Admeto.- Eso decimos, sí, obedientes a una fácil rutina que nos enseñaron de niños. Pero en nuestras almas alienta siempre la protesta. (*Cogiéndole del brazo, le obliga a sentarse a su lado.*) Ven aquí, hablaremos con el más puro acento de la verdad. (*Bajando la voz.*) ¿Crees tú en la justicia de los dioses?

Gorgias.- Creo; sí; pero...(*Temeroso de expresar su pensamiento.*)

Admeto.- No temas. Nadie nos oye.

Gorgias.- Creo en los dioses; creo en su poder, del cual tenemos los mortales pruebas bien visibles y dolorosas...

Admeto.- En el poder de la divinidad creo yo también...Pero no es eso lo que te pregunto.

Gorgias.- Ya, ya. Quieres saber si amo a los dioses. Pues te diré...A ratos, sí; a ratos, no. En ellos veo las mismas pasiones que constituyen nuestra imperfección. Si en algunos casos proceden con piedad y justicia, en otros, ¡ay!, son crueles, injustos...

Admeto.- (*Vivamente.*) Y vengativos. Digámoslo bien claro.

Gorgias.- Desde niño acariciaba mi mente estas ideas. Y ahora que consagro todas mis horas al estudio...

Admeto.- (*Trastornado.*) ¿Qué estudias tú, Gorgias?

Gorgias.- (*Asombrado de la pregunta.*) La historia...¿No sabes?...

Admeto.- ¡Ah, sí! La historia...Perdona...

Gorgias.- Por mi afición a esta ciencia y por el amor que pongo en cultivarla, me has admitido en tu palacio. La divina Alceste cree ilustrar su corte rodeándose de los que nos consagramos a las diferentes artes y ciencias.

Admeto.- Sí, sí, querido Gorgias. Y tú eres el primero en nuestras preferencias... por tu ingenio, por tu afabilidad...¡Ah la historia... cosa muy buena!...Entiendo que es la poesía de los acontecimientos.

Gorgias.- La poesía de la realidad, digo yo.

Admeto.- ¿Y no será mejor decir la filosofía de los hechos humanos?

Gorgias.- Perfectamente. Así es. Pues yo, que paso los días escribiendo lo que hicieron los dioses y los mortales, para ejemplo y guía de las edades futuras, te aconsejo, mi querido Rey, que aceptes resignado la sentencia del orgulloso Júpiter. Si te rebelaras contra él, tú y tu descendencia sufriríais mayores males.

Admeto.- Así lo haré. Resignación, morir...Notarás, querido Gorgias, que aún no te hablo con el acento más hondo de la desesperación. En mi alma late todavía una esperanza...

Gorgias.- ¿Qué?...Dímelo.

Admeto.- (*Sigiloso.*) Tú conoces mi amistad con Mercurio...

Gorgias.- ¿No he de conocerla, si le he visto en esta campiña apacentando tus ganados como un pobre mortal, cuando el tirano Júpiter le desterró del Olimpo por haber intercedido en favor de Escapulario...?

Admeto.- Aquí le tuve, y quedamos muy amigos. Hace días le visité en la falda del Pindo. Le pedí que hablase a su padre, solicitando mi absolución. Me dijo que el asunto era difícil, porque rara vez vuelve Júpiter de sus bárbaros acuerdos; pero que desplegará en favor mío toda su influencia; que hablará también a la altiva Juno, y a la sacra Minerva, de verdes ojos.

Gorgias.- ¡Oh! Ten confianza en Hermes, el más amable de los dioses, el que con más llaneza y cariño se comunica con los míseros mortales. ¿Y cuándo te traerá el alivio de tu congoja?

Admeto.- Quedó en venir hoy. Desde el amanecer le espero con ansias de muerte. Cuento los instantes, y mi terror les ve perderse silenciosos en la sombra del pasado.

Gorgias.- Me dice el corazón que Hermes está cerca. (*Se asoma a la puerta del foro y mira al cielo.*)

Admeto.- No le esperes por el cielo. Hemos convenido en que entrará en mi casa con apariencias de mortal, como un noble visitante forastero.

Gorgias.- (*Mirando por el foro.*) Ahí está. Ya entra en el jardín. Tus criados y tu padre no le han conocido como dios. (*Vuelve al proscenio, saca sus tabletas y su punzón, y escribe.*)

Admeto.- ¿Qué haces, Gorgias?

Gorgias.- Como historiador diligente, no quiero que los acontecimientos me cojan desprevenido. Suceso de hoy: visita del dios Mercurio al rey Admeto.

Admeto.- (*Vivamente.*) No, no. No escribas nada de esta visita. Déjate de historias, y sal a recibirle.

Gorgias.- Voy, que yo también soy su amigo. (*Vase Gorgias por el foro. Admeto acércase a una puerta de la derecha y da órdenes a sus esclavos.*)

Escena II

Admeto, Gorgias, Mercurio

Admeto.- ¡Qué agonía! Ven, muerte, sin que yo te vea. Llévame al negro abismo, mas no me aceches, no extiendas hacia mí tu descarnado brazo...¿Qué me dirá Mercurio? ¿Me traerá el rigor de Júpiter, o su clemencia? (*Entra un esclavo portador de su bandeja, ánforas y vasos.*) ¡Oh, excelso amigo: abrevia el espacio que me separa de tu divina presencia!

Mercurio.- (*En la puerta del foro, saluda con serena majestad.*) Salud, hijo de Pherés, soberano de Tesalia.

Admeto.- ¡Gloria y honor a ti, Hermes, mensajero de los dioses!...Creí que no vendrías. ¡Ah! Las horas de ansiedad parece que no tienen fin.

Mercurio.- He tardado muy poco, Admeto.

Gorgias.- Muy poco. Antes de venir aquí tuvo que ir más allá de Egipto a comunicar los mandatos de Júpiter.

Mercurio.- Pero, en fin, ya estoy aquí. En menos de una hora he recorrido todo el Egipto y la Nubia, hasta los confines de Abisinia, Etiopía.

Admeto.- ¡Bendito seas mil veces, si traes la paz a la casa de Admeto!

Mercurio.- Vengo a la casa del amigo que me dio albergue y sustento cuando fui condenado a la vida mortal.

Gorgias.- Aunque trae, como ves, los atributos de su divinidad, no le han conocido al llegar a tu palacio.

Admeto.- Mejor; así quiero que sea.

Mercurio.- (*Con elegante humorismo, sentándose junto a la mesa.*) En el jardín que precede a los pórticos vi a tu padre, el noble Pherés, con otros ilustres ancianos, jugando al disco. Pasé junto a él sin que advirtiera mi presencia. Luego, en los pórticos, estaba tu madre, la venerable Erectea, con Demofonte, el sacerdote de Delfos. Ya sabes que éstos no se apartan de las damas ilustres y ricas. Tu madre, que rodeada de sus doncellas, se ocupaba en labrar primorosos tapices, me vio al pasar, y por algo que le dijo el grave ministro de mi hermano Apolo, comprendí que me había tomado por el actor Sofronio, que de pueblo en pueblo representa el papel de Mercurio en la famosa tragedia de Téspis *La muerte y la vida*. Dejándoles en su engaño, pasé de largo y entré.

Admeto.- ¡Qué gracioso! Te han tomado por Sofronio.

Gorgias.- Que es un gran cómico, y te imita tan bien, que fácilmente se le confunde contigo.

Admeto.- (*Impaciente.*) Bien, bien; vamos al asunto. Tu semblante risueño me dice...Habla, habla: sin duda me traes la salvación.

Mercurio.- (*Cogiendo un pastelillo, se lo come.*) No cantes victoria tan pronto, Admeto. Algo bueno te traigo; no todo lo que tú y yo deseamos.

Admeto.- ¡Oh, dímelo pronto! Quítame el dogal de la incertidumbre.

Mercurio.- Hablé con Júpiter. En mi acento puse la expresión más elocuente de mis deseos y del amor que te profeso. Pero, ¡ay!... mi padre se mostró inflexible. A mis argumentos y a mis palabras de ternura, opuso una severidad despiadada. Hubiera yo podido alcanzar alguna benevolencia insistiendo en mis súplicas hora tras hora; pero la orgullosa Juno, inflamando con razones coléricas el corazón de Júpiter, puso término a mis esperanzas. No hay salvación: tu sentencia no puede ser en modo alguno revocada.

Admeto.- ¡Ay de mí! (*Oculta su rostro entre las manos.*)

Gorgias.- Tus primeras palabras, divino Hermes, fueron consoladoras para el infeliz Admeto. Dijiste...

Admeto.- Que algo bueno me traías. ¿Dónde está?

Gorgias.- Dínoslo pronto.

Mercurio.- (*Indicándoles con un gesto que aguarden, apura una copa, manteniéndoles en intensa ansiedad.*) Del dios iracundo no esperes nada, Admeto...Pero yo, poniendo en tortura mi mente para buscar un arbitrio que salve tu vida preciosa, encontré al fin...

Admeto.- (*Vivamente.*) ¿Qué has hecho?

Gorgias.- ¿Qué has discurrido?

Mercurio.- (*Sigiloso.*) He hablado con la Parcas.

Admeto.- ¡Ah!

Gorgias.- Las divinidades que cortan el hilo de nuestra existencia.

Mercurio.- Largos razonamientos empleé para convencerlas...y al fin...

Admeto.- (*Con ansiedad.*) ¿Viviré?

Mercurio.- Ten calma. Las Parcas no pueden dejar de cumplir las sentencias de Jove...Pero sensibles a mis ruegos, al ruego de un dios tan querido de los humanos, se acomodan a salvarte la vida sin faltar a la ley.

Admeto.- (*Confuso.*) Pero ¿cómo es eso? No entiendo.

Gorgias.- Yo sí lo entiendo. Será que...

Mercurio.- Las Parcas, ¡oh, Admeto!, consienten que conserves tu vida con tal que muera en tu lugar voluntariamente otra persona de tu familia.

Admeto.- ¡Oh, viviré!...(Confuso y aturdido.) ¡Otra persona...de mi familia...!(*Cae en profunda meditación.*)

Mercurio.- Te devuelvo lo que más amas, Admeto: la vida.

Admeto.- Sí, Hermes; amo la vida. Pero no veas en mi egoísmo ningún móvil innoble. ¡La vida! Mil veces la puse en peligro por servir a los dioses y a los humanos. Mil veces las flechas de los enemigos, el furor de las olas y las tempestades del cielo, me acercaron a la morada de Plutón. Yo desprecié la vida cuando los dioses me pidieron el sacrificio de ella. Pero hoy quiero poseerla y conservarla, no por el gusto de los placeres fugaces, sino por la gloria y la felicidad de mis estados. Amo la vida por el poder, por el mando; amo el gobierno, porque la unión y el concierto de los pueblos está bajo esta mano vigorosa. Mi mayor goce es hacer justicia; castigar a los malos, premiar a los buenos; distribuir entre mis súbditos los bienes de la tierra, para que ninguno carezca de ellos y ninguno los disfrute con exceso. Por esto amo la vida, ¡oh Hermes divino!, y al recibirla de tu mano generosa me declaro tu esclavo, y tendrás, día tras día, mi ofrenda piadosa en tus altares.

Mercurio.- (*Levantándose.*) La vida conservarás, Admeto. Mas para ello, no lo olvides, ha de sacrificarse voluntariamente...

Admeto.- ¿Quién? (*Permanece un instante en gran perplejidad.*)

Mercurio.- Tú lo verás.

Gorgias.- (*Aparte a Mercurio.*) Ya veo clara la solución. Nos la facilitará el padre de Admeto, Pherés, que ya se encuentra en los límites de la vida, y sin duda se prestará gustoso a...

Mercurio.- ¿Oyes, Admeto?

Admeto.- (*Respirando con desahogo.*) Sí, sí. Esa idea cruzó por mi mente cuando me dijiste el arbitrio propuesto por las Parcas. ¡Ya, ya tengo la solución! ¡Ay! (*Expresando su júbilo con movimientos expansivos.*) ¡Qué descanso! Claro, lo que digo: ¿para qué quiere mi padre vivir más? si sus años, ¡qué digo años!, sus días están contados?

Mercurio.- Tienes razón, Admeto. El buen Pherés ha vivido ya bastante, empleando sus años verdes, sus años maduros, en todas las actividades fecundas.

Gorgias.- ¡Y que no se ha divertido poco el antes infatigable, hoy caduco Príncipe de Tesalia!

Mercurio.- Es muy posible, querido Admeto, que tu buen padre...Pero antes de proponerle el sacrificio conviene que sepa...

Admeto.- Sí, sí; al momento.

Gorgias.- (*Oficioso.*) ¿Quieres que yo le prevenga?

Admeto.- La solución es tan lógica, tan justa, tan razonable, que... nada, nada: esto es hecho.

Mercurio.- Calma, calma. Esperemos a oír su conformidad... Vete, Gorgias, y...

Gorgias.- Pronto lo sabremos. (*Vase rápidamente por el foro.*)

Escena III

Admeto y Mercurio

Admeto.- (*Inquieto, paseándose.*) Esto es hecho. Por segunda vez mi buen padre me dará la vida.

Mercurio.- (*Con aire flemático, después de apurar una copa.*) Aún no sabemos...

Admeto.- (*Inquieto ante la frialdad de Mercurio.*) ¿Pero tú dudas que mi padre...?

Mercurio.- Los dioses, querido Admeto, no dudamos ni creemos. Contemplamos el rudo batallar de la vida mortal, y juzgamos vuestras acciones, no por lo que nos marca la lógica rigurosa, sino por lo que nos ofrece la movable variedad de vuestros caracteres.

Admeto.- (*Nervioso y un poco exaltado.*) ¡Ah! ¡Los dioses! Ellos nos lanzan a este oleaje de la vida; nos dan el albedrío, dejándonos entregados a una fatalidad ciega. ¿Por qué a los buenos no nos dais siquiera una chispa de rayo que aniquila a la maldad?... Luego nos sentenciáis y condenáis por culpas que no han manchado nuestra conciencia. (*Con creciente exaltación.*) Queremos ser puros, y nos hacéis malvados; queremos ser justos, y vosotros... (*Corrigiéndose súbitamente.*) Perdóname, Mercurio, si te he dicho que...

Mercurio.- Sí, amigo; di lo que quieras. Yo no me ofendo porque hables mal de los dioses. Es rutina muy corriente entre los humanos el tirar chinitas a la divinidad. Los dioses, amigo Admeto..., y de ello puedo hablar porque les conozco bien..., somos lo mismo que vosotros. Tenemos vuestras pasiones, vuestras flaquezas, vaciadas en el molde inmenso de la inmortalidad, don exclusivamente nuestro. En lo tocante a virtud y justicia, estamos casi a nivel de vosotros. Ahí tienes a Júpiter, que hoy rige el universo, y sus sentencias, justas o injustas, han de ser acatadas por todo ser viviente. Así está dispuesto, y no hay poder humano que lo contradiga. Vosotros, infelices mortales, resignaos a vivir y a morir dentro de ese plan invariable, y acomodaos a la idea de que no tendréis felicidad fuera de la obediencia constante a la ley que os oprime. Rodarán los siglos. ¿Vendrá, al fin, para los humanos, el día de la inmortalidad que les iguale a nosotros? ¡Quién sabe! Yo no lo sé. (*Levántase y ve a los que llegan.*)

Admeto.- ¡Ay, mi padre; ya está aquí!

Escena IV

Admeto, Mercurio, Pherés, Gorgias, Aristipo, filósofo, Cleón, físico y astrónomo

Pherés.- (*Viejo, caduco y trémulo, que se apoya en un palo.*) ¡Admeto, hijo mío! ¿Qué es esto que me ha dicho Gorgias? ¿Tú, condenado por Júpiter, pretendes que yo sacrifique mi vida por la tuya? Yo deploro tu sentencia. Pero ésta procede de la sacra voluntad de Júpiter, y sería en mi grave falta de oponerme a su cumplimiento. ¿No lo conoces? ¿No lo comprendes?

Admeto.- Sí, padre. Pero creía y creo que en este caso inaudito debemos pedir la solución, antes que a los designios de Júpiter, a las leyes de la Naturaleza... Tú has vivido largos años, padre, y has gustado sin tasa las dulzuras de la vida. ¿Qué mucho que yo te pida que sacrifiques a mi juventud el corto tiempo que te separa del sepulcro?

Pherés.- Hijo mío: yo te di el ser; mas no estoy obligado a prolongar tu existencia a costa de la mía. Además, reconoce que yo no soy culpable del delito porque has merecido la soberana sentencia... Ciertamente que soy viejo, pero todavía tengo salud; como, bebo, respiro bien, entretengo las horas en grata conversación con mis amigos; paseo, gozo de la frescura del

ambiente, de la hermosura del cielo, y hago moderado ejercicio para mantener la sutileza de mis miembros. ¡La vida es grata..., díganlo todos los presentes..., hermosa y dulce, y el prolongarla es deber elemental de cuantos gozamos de ella!

Admeto.- (*Contrariado y ceñudo.*) Está bien, padre. No he dicho nada.

Pherés.- Pero ese que veo junto a ti, ¿es el divino Mercurio?

Mercurio.- Mercurio soy. He venido a visitar a mi amigo Admeto, y por él conozco el grave conflicto para el cual no veo solución dentro de lo humano.

Pherés.- Y...¿has oído la contestación que he dado a mi hijo?

Mercurio.- Sí. Y nada tengo que oponer a lo que has dicho, Pherés, inspirándote en el fuero de la Naturaleza. Sólo quisiera saber qué opinan de esto los amigos que te acompañan. Que hable Aristipo, filósofo que estudia los arcanos del ama y de la vida.

Aristipo.- Mi filosofía, fruto de arduos estudios, consiste en hermanar la voluptuosidad con las virtudes. ¡Gran beneficio creo prestar así a la humanidad! Solicitada mi opinión sobre lo que Admeto propone a su padre, digo y sostengo que Pherés no debe renunciar a sus días, sino mantenerlos y guardarlos para sí, porque en ellos florecerán aún las bellas acciones y los lícitos placeres.

Mercurio.- (*Señalando a Cleón.*) ¿Y tú?

Cleón.- Mi ciencia es la astronomía: el giro de las estaciones, el flujo y el reflujo de los mares, el organismo de los reinos animal y vegetal, sujetos a la influencia del sol, del aire y de las aguas. Y, aplicando mis estudios al caso que ahora se nos propone, afirmo que, siendo el morir y el vivir estados relativos, nadie debe amar demasiado la vida ni temer con exceso la muerte.

Gorgias.- Oscuro es tu dictamen, Cleón, y en cuanto al de Aristipo, disiento en absoluto del parecer de tan sabio filósofo. Yo cultivo la historia en mis estudios de los hechos, y por eso sostengo y digo que...(Siguen discutiendo en voz baja los tres sabios en derredor de Pherés, que está sentado a la izquierda del proscenio. En tanto, Mercurio y Admeto se alejan hacia la derecha, hablando aparte.)

Admeto.- (*Desolado.*) ¡Buena la has hecho, Mercurio, al solicitar la opinión de esos malditos sabios!

Mercurio.- (*Risueño.*) Ahí tienes los parásitos que sientas a tu mesa un día y otro. Así te pagan los convitazos que les das.

Admeto.- Mi esposa, la divina Alceste, tiene gusto en agasajar a los filósofos, artistas y poetas, pensando que de este modo da mayor brillo y ornamento a nuestra corte. Alceste se deleita con la compañía de estos hombres de genio. A mí me enfadan: créelo.

Mercurio.- Gorgias está de tu parte. Quizás lo estén también los que acompañan a tu madre. Espero yo que la venerable Erectea sea más benigna contigo que tu padre.

Admeto.- Yo también creo que mi madre...Me quiere entrañablemente...Además...¡está acabada!

Mercurio.- Aquí viene ya.

Admeto.- Háblale tú. Te lo suplico.

Escena V

Admeto, Mercurio, Pherés, Gorgias, Aristipo, Cleón, Erectea, que entra por el foro acompañada de Demofonte, sacerdote de Delfos, y de Polícrates, músico flautista. La Princesa Erectea es una anciana un poquito encorvada, muy bien arregladita y compuesta; el adobado rostro, risueño; el pelo, canoso, peinado con exquisita elegancia. Su andar es trabajoso. Pendiente del brazo trae un lindo cestito con golosinas. Demofonte es un varón robusto, de luenga barba.

Erectea.- (*A Admeto, que avanza a su encuentro.*) Hijo, estás en buena compañía. Tienes aquí todo lo más ilustre que hay en Tesalia. (*Fijándose en Mercurio.*) ¡Ah! También está aquí el famoso histrión Sofronio, que prodigiosamente imita la imagen, el ademán y el acento del divino Hermes.

Admeto.- No, madre. Es el propio Mercurio, que ha venido a visitarme y a recordar conmigo el dulce tiempo en que fue mi huésped y pastor de mis ganados.

Erectea.- ¡Ah!...(*A Mercurio.*) Cuando entraste no te conocí, ¡oh dios tutelar de nuestra casa!

Admeto.- El amigo de nuestra familia, desde que le dimos hospitalidad cuando Júpiter le condenó a la vida mortal, desea hablarte de un asunto referente a tu hijo.

Mercurio.- Oídme un momento, Princesa venerable. (*La conduce a segundo término de la escena, por la derecha, para hablar a solas.*)

Admeto.- (*A Demofonte y Polícrates.*) Venid aquí, amigos, y probad de este rico vino que me han traído de Cyrene. (*Les lleva a la mesa donde Gorgias obsequia con copas a los del otro grupo.*)

Aristipo.- Puedes decir; Admeto, que posees las mejores viñas de Tesalia.

Demofonte.- Consérvete este precioso néctar mi dios Apolo, rey de la esfera luminosa, que da vida y calor a todo lo creado.

Pherés.- Esas viñas las plantó mi padre cuando los argonautas volvieron de su expedición a la Cólquida.

Gorgias.- Es un vino que inspira pensamientos alegres y no embriaga nunca.

Cleón.- (*Ofreciendo vino a Polícrates.*) Bebe tú también, Polícrates, eminente flautista, que el buen vino es el mejor amigo de la inspiración musical.

Polícrates.- Néctar delicioso, remoja mi espíritu y mi lengua. Tú me transmites el secreto de los sonidos dulces que embelesan el alma. (*Bebe.*)

Erectea.- (*Enterada ya del conflicto de Admeto.*) ¡Por Cástor y Pólux! La desgracia de mi hijo me traspasa el alma. Pero no tengo ánimo para remediarla. (*Avanza con Mercurio hacia el proscenio y se les une Admeto.*) Admeto, hijo mío; hace tiempo temía yo el castigo de Júpiter por le desgraciado suceso de la cacería en el monte Hymeto. La sentencia ha caído sobre ti, y no debes pedir a ningún mortal que expíe las culpas que no ha cometido. Esto sería ofender al padre de los dioses, y burlar su justicia...Yo, bien lo sabes, no fui muy feliz en mi juventud, ni he conocido las dulzuras de la vida hasta llegar a mis años maduros. Mi vejez es feliz, tranquila y alegre. Gozo buena salud; el sueño suaviza mis noches; ningún enojo me conturba. Entreteno mis días plácidos labrando con mis doncellas tapices primorosos de finísimas lanas, y en mis breves ocios platico con los sacerdotes de Apolo, que cultivan y enseñan la ciencia del espíritu y el misterio de la inmortalidad.

Admeto.- (*Aparte, consternado.*) ¡Oh cruel destino mío!

Erectea.- La alegría de vivir jamás hasta hoy la conocí. Yo no me ofrezco, hijo mío, a morir en tu lugar. Tal sacrificio es contrario a la divina ley. Amo la vida; soy dichosa...¡No debo, no quiero morir!

Admeto.- Basta, madre. No digas más.

Mercurio.- Admeto es hombre de fibra y se somete animoso a su fiero destino.

Demofonte.- (*Que se acerca al grupo y oye las últimas palabras.*) Ya sabía yo por el oráculo de Delfos, la sentencia de Admeto. Mas no quería decirlo...Como sacerdote de Apolo, aconsejo a Erectea que no sacrifique su vida por la del desgraciado Admeto. (*Erectea saca del cestillo grosellas de Corinto y las come.*) Cada cual es responsable de sus acciones, y la divina justicia no puede ver con buenos ojos que los inocentes sustituyan a los culpables. (*A Admeto.*) Perdóname, Admeto, si...

Admeto.- (*Interrumpiéndole con arrogante entereza.*) Tengo el valor de mis actos. Tengo también el valor de mi expiación. No se hable más de esto.

Erectea.- (*Ofreciendo grosellas al sacerdote de Delfos.*) Prueba, Demofonte, estas ricas grosellas, medicina infalible para quitar las arrugas. (*Demofonte acepta la oferta.*) No las como por presunción, sino por salud. (*A Polícrates.*) Prueba tú también, Polícrates, que en el cultivo de la música y el tañer de la flauta has envejecido antes de tiempo.

Polícrates.- (*Aceptando el obsequio.*) Gracias, Erectea. Y que vivas mil años para felicidad de tus protegidos.

Erectea.- (*Dirígese a la mesa.*) Dadme a probar de nuestro vino exquisito que remoja los cuerpos caducos.

Demofonte.- (*Escanciando el vino.*) Bebe, Princesa, que esto ayuda a confortar los cuerpos y a alegrar los espíritus, disponiéndolos para un largo vivir. Acertada estuviste en negar a tu hijo un sacrificio que es contrario a las leyes de la justicia eterna.

Pherés.- Nadie está obligado a expiar las culpas ajenas.

Admeto.- (*En el proscenio derecho, con Mercurio.*) ¡Ya no hay salvación para mí!

Mercurio.- Resígnate, amigo. De tus padres nada esperes ya.

Admeto.- Su egoísmo puede más que su piedad.

Mercurio.- No hables de egoísmo mientras no ahogues el tuyo con las más altas virtudes del alma.

Admeto.- (*Con altivez.*) Yo sabré morir...(*Llamando a Gorgias.*) Gorgias, amigo: ven. (*Acude Gorgias a su lado.*) Me ahogo aquí. Anhele el campo, el aire, la plena luz.

Mercurio.- Aguarda un poco. Tu muerte está señalada para la próxima media noche. En las horas que te restan de vida ocúpate en dictar tus postreras disposiciones, que han de alcanzar a las cosas tocantes al gobierno, a la regencia que ha de recaer en las manos de la divina Alceste, y al porvenir de tus tiernos hijos.

Admeto.- Así lo haré...¿Y después?...

Mercurio.- Llegado el instante fatal (*Con naturalidad.*) te mueres tranquilamente.

Admeto.- ¡Tranquilamente!

Mercurio.- Sin dolor... sin agonía.

Gorgias.- Con la tranquilidad del justo, quiere decir.

Mercurio.- Y después que hayas fenecido yo seguiré demostrándote mi amistad.

Admeto.- (*Perplejo.*) ¿Después de fenecido?

Mercurio.- Sí; ya te he dicho que en el Olimpo me aburro lo indecible. No tienes idea de lo desabrida que es la conversación de los dioses. ¡Siempre lo mismo!...Que si las leyes universales, que si la armonía eterna, que si la infinitud de lo infinito...Por eso adoro yo la humanidad, y es mi mayor placer andar entre los mortales. Cuando tú hayas muerto, los ratos que me deje libre mi oficio de vigilar los caminos y los ladrones, proteger el comercio y llevar y traer recados de Júpiter por toda la tierra, los emplearé en hacerte compañía...

Admeto.- ¿Dónde?

Mercurio.- En los infiernos. El reino de Plutón no es tan feo y horripilante como creéis los mortales. Naturalmente, se influirá para que no te manden al Báratro, y menos al Averno, donde sufren eterno suplicio los grandes malvados. Quedarás en el Erebo, mansión de sosiego, de dulce penumbra e inalterable paz somnífera. Allá iré yo y pasearemos juntos por la soledad, sin rumores, a orillas del Leteo. Platicarás con la bella Proserpina, y el mismo Plutón, que sabe distinguir a los héroes de los muertos vulgares; te haré menos penosa la sombría eternidad.

Admeto.- (*Impaciente.*) Salgamos ya. (*A Mercurio.*) Despidete de los excelsos príncipes y de los insignes parásitos.

Mercurio.- (*Jovial.*) Los dioses no se despiden: desaparecen. Vámonos. (*Empujando a Admeto fuertemente salen a escape por la derecha, seguidos de Gorgias.*)

Escena VI

Pherés, Erectea, Aristipo, Cleón, Demofonte y Polícrates

Erectea.- ¡Desdichada Alceste! Esta noche será viuda...¿Debemos darle conocimiento de la inexorable sentencia?

Pherés.- No, no. ¿A qué amargarle las pocas horas que le restan de felicidad? (*Se siente ruido de voces alegres por el foro.*) Silencio; Alceste viene con sus hijos y sus doncellas.

Erectea.- Traen consigo toda la bullanga y alegría de los ejercicios gimnásticos.

Demofonte.- Yo, como sacerdote de Delfos, infalible en mis opiniones, os recomiendo que no digáis a la reina el infortunio que la espera. Vosotros, Pherés y Erectera, debéis prevenir sin demora los acontecimientos que ha de traer consigo la muerte inevitable del soberano de Tesalia.

Pherés.- (*Sigilosamente.*) Sí, sí; será precioso constituir la Regencia trina. Alceste, tú (*Por Erectea.*) y yo. (*Se pone en pie temblequeando.*)

Erectea.- (*Comiendo grosellas.*) Trina, trina. ¿Qué sería de Alceste sin el concurso nuestro? Somos la estabilidad, el orden, la madura experiencia. Somos...

Cleón.- (*Mirando por la puerta del foro que da a los jardines.*) La reina.

Erectea.- ¿Sola?

Cleón.- No. Con ella viene Tisbe, su inseparable amiga y camarera, los principitos, la esclava Friné y el séquito. (*Aparece Alceste con sus hijos y séquito.*)

Escena VII

Pherés, Erectea, Aristipo, Cleón, Demofonte, Polícrates y Alceste, con traje y corona de reina. Detrás, Tisbe, conduciendo de la mano a Eumelo de ocho años de edad, que trae arco y aljaba con flechas. Luego la esclava Friné, que lleva en brazos a la princesita Diomeda. Séquito de Doncellas y Esclavas

Alceste.- (*Gozosa, cogiendo a sus hijos de la mano.*) Venid, hijos míos. Aquí están vuestros abuelos y los amigos de nuestra casa. (*Con ardiente entusiasmo maternal.*) Adelántate tú, Eumelo, y recibe la felicitación por tu destreza en los ejercicios que exige la educación de un príncipe guerrero.

Erectea.- ¿Venís del gimnasio? (*Recibe en sus brazos a Eumelo y le acaricia.*)

Alceste.- Sí, allí paso las horas. No hay para mí delicia mayor que presenciar el trabajo vigoroso de mi amado hijo.

Tisbe.- Esta tarde manejó el arco con tal acierto, que sus maestros han quedado absortos.

Alceste.- De veinte flechas que disparó, diez y ocho se clavaron en el centro del blanco.

Pherés.- ¡Oh, qué hijo tan valiente! Ven acá, príncipe mío, esperanza de Tesalia. (*Le acaricia.*)

Alceste.- ¡Pues si le vierais a caballo! Con qué arte, con qué maestría dio tres vueltas al hipódromo rigiendo la briosa jaquita que tiene para su estudio.

Erectea.- (*Acariciando a Eumelo.*) Ven aquí, joya del mundo, esperanza de Grecia.

Alceste.- (*Besando a la niña.*) Y a ti, Diomeda, ¿no te felicitan? Pues sí; también debéis felicitarla, también merece vuestros plácemes la niña.

Tisbe.- ¡Si la vierais aprendiendo la danza delfica para bailar en las solemnidades hieráticas de Apolo!

Demofonte.- ¡Oh, sí; ya lo sé! Sus maestras, las dos sacerdotisas Ariadna y Casiopea, me han dicho que es un portento esta princesita bailando la danza litúrgica.

Alceste.- Esta noche, después de la comida, bailará Diomeda para que la vean sus abuelos y estos excelsos amigos de mi casa.

Todos.- Sí, sí; ya lo veremos..., la festejaremos.

Alceste.- Ahora, hijos míos, que Friné os lleve a vuestro aposento y os disponga para la comida. (*Vanse los niños con Friné y las personas del séquito.*)

Aristipo.- Excelsa soberana, el júbilo que advertimos en tu semblante nos colma de satisfacción.

Alceste.- Sí, nobles amigos. Todo me sonríe en la hora presente. Dijérase que los dioses se esmeran en rodearme de felicidad. Veo a mis hijos saludables, bien encaminados hacia la virtud y el valor; veo a mi esposo en la plenitud de su inteligencia, gobernando los reinos y repúblicas que están bajo su mando; veo a mi amada Tesalia feliz, gozando de los beneficios de la paz, trabajando por adquirir cada día mayor bienestar y grandeza. (*A los sabios.*) Vosotros, que cultiváis las ciencias y las artes, aplicad vuestro saber al florecimiento de los pueblos de Tesalia. (*Se sienta, y unos en pie y otros sentados, se agrupan junto a ella.*)

Aristipo.- Por mi parte, ¡oh, Reina!, procuro que mis estudios sean provechosos al pueblo.

Cleón.- Yo me desvelo por llevar a las muchedumbres el conocimiento de los astros que esmaltan la techumbre celeste; el régimen de las lluvias y de las tempestades; los efectos del sol y la luna sobre la tierra.

Alceste.- Tú, Polícrates, con el arte músico en que eres maestro, endulzas las penas de la desdichada humanidad.

Polícrates.- Sí, mi Reina. Poseo y enseño el arte de mitigar el dolor humano con los sonidos bien concertados y armoniosos.

Alceste.- (*A los Sabios.*) Pronto os entregaré a mi hijo para que adornéis su mente con todas las artes y ciencias.. ¡Cuánto honráis mi casa y mi corte, varones insignes! A vosotros, y al venerable Demofonte, les invito a comer esta noche conmigo, con Admeto, con mis queridos padres Erecte y Pherés, y mi nodriza Tisbe.

Erectea.- (*Suspirando.*) ¡Ay!...Perdóname, Alceste: necesito recogerme pronto. No estoy alegre. Mi espíritu preferirá esta noche la soledad al bullicio de tus festines.

Pherés.- (*Con acento triste. Levantándose, apoyado en su palo.*) Yo también requiero esta noche el descanso.

Alceste.- Pero ¿qué?... ¿Estáis enfermos?

Erectea.- (*Con semblante compungido.*) No... pero...

Pherés.- No; enfermos, no, Alceste...Es que nuestra edad nunca faltan presagios negros...y temores de sucesos imprevistos.

Erectea.- Te dejamos, hija mía. Mañana nos tendrás a tu lado.

Pherés.- ¡Oh, sí; a tu lado siempre, así en los días felices como en los adversos! (*Hacen reverencia ante Alceste y pasan lentamente hacia la izquierda hablando entre sí.*)

Demofonte.- (*En pie, despidiéndose de la Reina.*) ¡Oh Reina! Dame licencia para retirarme.

Alceste.- ¿También tú, Demofonte?

Demofonte.- También, reina. Me reclaman mis obligaciones en el Templo de Apolo.

Pherés.- (*Aparte, a Erectea.*) ¡Desdichado Admeto! ¡Qué dolor!

Erectea.- (*A Pherés, suspirando.*) ¡Dolor inmenso que no podemos de ningún modo evitar!

Pherés.- (*Muy quedamente.*) En fin, ¡qué hemos de hacer!...Cenaremos frugalmente, que de noche no es bueno el mucho comer...Más tarde trataremos el modo de implantar sobre sólida base la Regencia trina.

Erectea.- (*Señalado con tres dedos.*) Trina, trina ha de ser. (*Salen despacito por la izquierda, seguidos de Demofonte.*)

Alceste.- (*A los tres sabios, que también se despiden.*) ¿También vosotros me dejáis? Tú, Aristipo, necesitas la soledad de la noche para conciliar la voluptuosidad con las virtudes. Tú, Cleón, te engolfarás en la contemplación de la bóveda celeste. Y tú, Polícrates, quieres consagrar todo tu tiempo al divino arte de Orfeo. Idos, idos en buen hora. Que os inspiren las Musas, y que el mismo Apolo os lleve pronto a las más altas cumbres de la gloria.

Aristipo.- Acepta, ¡oh reina!, nuestros rendidos homenajes. (*Hacen los tres sabios profunda reverencia y se retiran por el foro.*)

Escena VIII

Alceste y Tisbe; después Gorgias y Admeto, Hiperión

Alceste.- (*Confusa, inquieta, viéndoles partir.*) Todos me dejan...Veo con pena que esos magnates de la sabiduría, ordinariamente tan aficionados al buen comer, rehusan hoy mi invitación...

Tisbe.- Extraña cosa, en verdad.

Alceste.- Pherés y Erectea, al despedirse, me dijeron no sé qué palabras obscuras, siniestras...

Tisbe.- (*Mirando hacia la izquierda.*) En los padres de Admeto habrás notado sobresalto y turbación...

Alceste.- Ellos, tan joviales, que prolongan su vejez con cuidados exquisitos y saborean la vida en los años caducos, esquivan esta noche los placeres de la mesa para confinarse en sus aposentos solitarios...(Cavilosa.) Algo les pasa..., algo piensan y temen que no han querido decirme...

Tisbe.- ¿Qué será?...¿Qué ocurrirá?...

Alceste.- ¡Dioses inmortales, divina Minerva, tutelar de mi familia... iluminadme!...¡Decidme si...! (*Meditabunda.*) ¿Será que...? ¡No!...¿Será...? (*Agitadísima, recorriendo la escena.*) ¡Oh, mis hijos... Admeto!...

Tisbe.- No, no...Será quizás un disturbio popular, una de esas alteraciones que ocurren en los pueblos...

Alceste.- No. (*Angustiada.*) El corazón me dice que es algo que me hiere en lo más vivo... en mi familia...en mis afectos...(Recorre la escena llamando a gritos a su esposo.) ¡Admeto! ¡Admeto!...

Gorgias.- (*Presuroso, por la puerta derecha.*) ¿Llamas, mi reina?

Alceste.- (*Impacientísima.*) Admeto, Admeto...¿Dónde está?

Gorgias.- Despachando asuntos de Estado con el noble Hiperión, custodio de los archivos, dignatario mayor del Reino...(Mirando por la derecha.) Ya concluyen...Ya vienen.

Admeto.- (*Entrando por la puerta derecha.*) ¿Me llamabas, Alceste?

Alceste.- (*Corriendo hacia él, le echa los brazos al cuello.*) Sí. Ven. Dime. (*Admeto, al verse junto a Alceste, compone su rostro, fingiendo completa tranquilidad.*) ¿Ocurre algo en nuestra familia?

Admeto.- No. Nada ocurre, alma mía, encanto mío, ser de mi ser.

Alceste.- ¿De veras? ¿Me dices la verdad?

Admeto.- Sí, sí, la verdad.

Hiperión.- ¿Qué puede ocurrir aquí que el Rey y yo no sepamos?

Alceste.- ¿Estás contento? (*Mirándole a los ojos.*) Me parece que no.

Admeto.- Contento estoy... ¿no lo ves? (*Se ríe.*) Y a ti, ¿qué te pasa?

Alceste.- Nada... una idea fugaz... un presentimiento...

Admeto.- Creí que no estabais solas.

Alceste.- ¡Ay, esposo mío! Aún ignoras la gran novedad. Los sabios, que estaban aquí hace un momento, no han querido comer con nosotros. ¿Ves qué cosa tan rara?

Admeto.- Sí que es raro.

Gorgias.- (*Aparte.*) Caso inaudito que debo anotar en mis anales.

Hiperión.- ¿Los sabios no quieren comer bien?...El mundo se desquicia.

Alceste.- Pues el sacerdote de Delfos también ha desertado.

Admeto.- (*Riendo más.*) Mejor. Así no nos entristecerán la comida hablándonos del oráculo... de la ira de los dioses... y qué sé yo.

Hiperión.- Demofonte no habla cuando come.

Alceste.- (*Contagiada de la risa de su marido.*) Pero no sabes lo más gracioso: que los viejos también nos abandonan.

Tisbe.- ¡Parece mentira! ¡Ellos, que tanto gozan con la buena mesa!...

Admeto.- (*Abrazando a Alceste con gran ternura.*) No nos aflijamos, mi reina, por la ausencia de los sabios y de los viejos.

Alceste.- Rey mío, don de los dioses es a veces la soledad.

Admeto.- Comeremos en familia, con nuestros hijos, con Tisbe, Hiperión y el bueno de Gorgias. (*Se descubre un tapiz del foro y aparece un esclavo que anuncia la comida. Se ve el comedor con la mesa preparada, servidores, etc.*) Vamos ya. Vamos, que es hora.

Alceste.- (*Muy contenta, abrazada a Admeto, dirigiéndose al foro.*) Vamos. Solos con nuestros hijitos y el fiel amigo. Horas de alegría, ¡venid! (*Detrás Tisbe e Hiperión.*)

Hiperión.- (*Volviendo la cabeza antes de entrar en el comedor, ve a Gorgias, que ha sacado sus tabletas y se dispone a escribir.*) Gorgias, no tardes. A comer, y deja ahora tus historias. (*Entran en el comedor Alceste y Admeto, y vuelve a correrse el tapiz.*)

Gorgias.- (*En el proscenio, con expresión tristísima, dando un gran suspiro, anota en sus tabletas esta frase:*) Esta noche, al sonar las doce, muerte del rey Admeto, soberano de Tesalia. (*Se dirige al comedor.*)

Telón.

Acto segundo

Cámara en el palacio de los reyes de Tesalia. Al fondo, puerta con tapices, que da paso a las habitaciones de Alceste y de sus hijos. A la derecha, puerta que da acceso a otras estancias donde moran Erectea y Pherés. A la izquierda, puerta que comunica con las galerías y aposentos del resto del palacio. A la derecha del proscenio, un canapé. Al pie del mismo una mesita. Sobre la mesa, y esparcidos por el suelo, los juguetitos de la niña Diomedea, que consisten en diferentes objetos de barro: animales, cráteras, anforitas, etc, etc. En distintos lados de la estancia dos columnas altas, que sostienen lámparas encendidas. Taburetes, escaños, etc; las paredes de la estancia están adornadas con pinturas murales. Es de noche.

Escena primera

Alceste, sentada en el canapé y en actitud llorosa y meditabunda. Tiene a su lado a la princesita Diomedea, que se ha quedado dormida. Tisbe, que entra por el foro, seguida de Friné

Tisbe.- (*En la puerta del foro.*) ¡Ah!... La niña se ha dormido. (*Acercándose de puntillas.*) ¡Reina mía!

Alceste.- (*Alzando el rostro.*) ¡Ah! ¿Eres tú, Tisbe?

Tisbe.- ¿Lloras?

Alceste.- (*Limpiándose las lágrimas.*) He llorado... sí... buscando la clave de un enigma tristísimo. (*Friné recoge los juguetitos que Diomedea dejó abandonados en el suelo, y los va poniendo sobre la mesa.*)

Tisbe.- La Princesita se ha rendido al cansancio.

Alceste.- Sí... al torbellino de su juego febril, loco...Nunca la vi tan retozona y traviesa como esta noche. Después de bailar con mucha gracia, estuvo largo rato enredando con sus cráteras y ánforas diminutas...Luego vino a que le contase cuentos. La puse sobre mis rodillas, y apenas empecé a contarle la historia de Filemón y Baucis, se me quedó dormidita.

Friné.- ¿Me la llevo para acostarla?

Alceste.- Aguarda un instante. ¿El príncipe Eumelo, está todavía despierto?

Friné.- No, reina, ya duerme...¡Ay, qué niño!...¡Qué genio, qué bravura y ardimiento en tan cortos años! Cuando sus padres les permitís apartarse de vuestro lado, corre a donde estamos los servidores, y allí nos divierte y nos asombra refiriéndonos las hazañas de los héroes más grandes de la Grecia.

Tisbe.- A mí me contó una noche el combate de los Lapitas y los Centauros.

Friné.- A nosotros nos ha referido las proezas del glorioso Perseo cuando se lanzaba a los desiertos de Libia en persecución de las terribles Gorgonas...El príncipe, como histrión perfecto, se figura ser el héroe mismo. ¡Qué fiereza, qué nobles actitudes!

Tisbe.- ¡Qué gloria de Príncipe, qué retoño de un héroe, de un gran Rey!

Alceste.- No sigáis, os lo ruego. La preciosidad de mi hijo, que sido siempre mi encanto y mi orgullo, aviva la tristeza que llevo en el alma...(Pausa.) ¿No habéis notado que esta noche velan todos en mi palacio más de lo que es habitual?

Tisbe.- Cierto. Mucha gente de alcurnia hay esta noche en la casa de Admeto.

Alceste.- ¿Y los príncipes ancianos, Erectea y Pherés, también velan?

Friné.- En su aposento están, acompañados del venerable sacerdote de Delfos.

Alceste.- ¿Y el Rey?

Friné.- En la Sala del Consejo le vi con Hiperión, el custodio de los Archivos, y otros magnates de Tesalia.

Alceste.- Bien. Llévate la niña. Pon flores y enciende luces frente a la imagen de Minerva que tengo entre los lechos de mis hijos. Iré allí pronto a invocar a mi divinidad tutelar.

Friné.- *(Cogiendo con mucho cuidado a la niña dormida.)* Ven, lucero. Escogeré las flores más bellas y lozanas para ornar el altar de la diosa de la Sabiduría. *(Vase Tisbe por el foro.)*

Escena II

Alceste y Tisbe

Alceste.- *(Como hablando consigo mismo.)* ¡Horas de ansiedad, horas de agonía, corred veloces! ¡Llevadme pronto al término de esta incertidumbre!...Por dura que sea la verdad, nunca lo será tanto como el temerla y esperarla...El enigma pavoroso que desde esta tarde me conturba no me ha dejado ver más que una parte de los horrores que el Destino guarda en su seno...Sólo sé que la vida de Admeto está en peligro próximo, inminente...Sospecho la causa. Ignoro si puede haber remedio para este mal inmenso. *(Pausa.)* Tisbe, tú lo sabes todo y no quieres decírmelo.

Tisbe.- *(Vacilante.)* ¿Yo?... no.

Alceste.- Espero de ti la verdad, que hasta ahora sólo conozco a medias. Tú me criaste, tu seno amoroso me dio la vida, a tu lado crecí, y cuando el buen Admeto puso en mis sienes la corona de Tesalia te traje a mi lado como madre y hermana, como amiga y consejera. Obligada estás...

Tisbe.- *(Con supremo esfuerzo.)* Sí..., sí..., obligada estoy a sacarte de tu incertidumbre...Hora es ya de que sepas lo que tu fiel nodriza te ocultó para no afligirte antes de tiempo....Por amor de ti callaba; pero el piadoso engaño no puede continuar. *(Como queriendo dilatar el momento de sus confidencias.)* Mas dime tú antes cómo ha llegado a ti esa parte de la verdad que conoces.

Alceste.- Días ha que me ronda una tenebrosa inquietud. Venía notando en el rey gran turbación y tristeza. Ayer tarde, cuando Erectea y Pherés y los sabios amigos de la casa rechazaron mi convite, me asaltó un negro presagio, que Admeto quiso disipar con frases de ternura. Pero me quedaron dentro del alma no sé qué recelos punzantes...Después de la comida fue mi esposo a su aposento para escribir, cosa desusada en tal hora. Me acerqué cautelosa. Quería yo espiar sus pensamientos, sorprender sus actos. Y me causó asombro ver que trabajaba con Hiperión, al cual pide consejo siempre que en Tesalia ocurre algún grave suceso...Aguardé en acecho junto a la puerta. A poco, el Rey subió con Hiperión al archivo donde están depositadas las Constituciones del Anficionado. Yo me deslicé como sombra hasta la mesa donde Admeto escribía...En una tableta trazada por su mano leí estas palabras, que helaron la sangre en mis venas: "Condenado por Júpiter a perder la vida en momento fatal..." Se me nublaron los ojos y estuve a punto de caer desvanecida. Creí perder la razón...¿Qué significa esa horrible sentencia del Padre de los dioses?

Tisbe.- Significa que el caso desgraciado de la muerte de Corydón ha tenido su escarmiento.

Alceste.- ¡Ah, bien clara veo la culpa de mi esposo! Ya me acuerdo. ¡Ay esposo mío, fatal fue para ti la cacería en el monte Hymeto! La muerte que diste al hijo de Liriope te trajo la venganza de la rencorosa Juno.

Tisbe.- La de los niveos brazos, la del blanco rostro ceñudo.

Alceste.- Sí, sí. Júpiter ha condenado al Rey por instigación de su esposa y hermana. Tales sentencias son irrevocables. Imposible sustraerse a ellas, Admeto morirá. ¿Y cuándo?

Tisbe.- Cuando el curso de las estrellas marque el punto que separa las dos mitades de la noche.

Alceste.- ¡Oh cruel sentencia! ¡Oh tremenda desventura!...Pero ¿no ha encontrado Admeto un medio de aplacar la cólera del Dios omnipotente?

Tisbe.- Lo intentó; mas todo ha sido en vano. Intervino en su favor el divino Hermes, y sólo pudo conseguir que las Parcas atenuaran la sentencia en esta forma: "Admeto vivirá si en lugar suyo muere voluntariamente otra persona de su familia."

Alceste.- *(Alelada, como repitiendo la fórmula.)* Vivirá...si muere en su lugar otra persona...de su familia....

Tisbe.- Voluntariamente.

Alceste.- Ya..., ya..., voluntariamente.

Tisbe.- Con este arbitrio se creyó Admeto salvado. Tanto Mercurio como él pensaban que Erectea y Pherés, pobre viejos que viven trabajosamente aferrados a los linderos de la vida, se ofrecerían. En efecto, se les propuso, y...

Alceste.- Y no quisieron...Les conozco bien...Los padres de Admeto no sacrifican ni un día, ni una hora de sus inútiles existencias. La muerte del rey es inevitable. *(Rompe en llanto.)* ¡Oh, Admeto, amor de mi vida, esposo del alma! ¡Ay de mí, ay de mis hijos, ay de Tesalia!...¡No sobreviviré a esta inmensa desdicha! *(Llora amargamente, reclinando su cabeza en el pecho de Tisbe. Esta llora también, y abraza cariñosamente a la reina. Pausa.)*

Tisbe.- Alceste, hija mía. Sin poner freno a tu dolor, cosa en verdad imposible, piensa que, muerto Admeto, en tu mano quedará la Regencia de estos reinos.

Alceste.- ¡Ah, no me hables de eso! Soy absolutamente profana en las artes de gobernar. Mejor que nadie conoces tú mi vida para comprenderlo. Cuando el Rey me trajo a su tálamo no aporté a mi nuevo estado otra ciencia de gobierno que la defensa de los menesterosos que labran la tierra, pastorean los ganados y ofrecen a la humanidad los principales elementos de vida. Testigo es el rey de que sólo he alzado mi voz de reina para patrocinar el libre vivir y la modesta holgura de los humildes.

Tisbe.- En tu corazón alientan los afectos más nobles, en tu entendimiento resplandece una razón clara. Con tales prendas gobernarás estos reinos.

Alceste.- ¡No, no!

Tisbe.- Serénate, reflexiona, eleva tu espíritu a la divinidad. Pide a los dioses que te iluminen.

Alceste.- Invocaré a Minerva, que desde mis primeros años ha inspirado todas mis resoluciones. Cuando mi padre me consagró a ella, la diosa de la Sabiduría puso en mi cuello este amuleto (*lo muestra.*), que me infunde valor en todos los trances duros de la vida...Voy al aposento de mis hijos, y allí, ante el ara de la diosa, prosternaré mi cuerpo y elevaré mi espíritu.

Tisbe.- Minerva te infundirá dotes de gobierno, maestría para regir el Anfictionado.

Alceste.- ¡Oh divina Minerva, asísteme, ven a mí! (*Dirígese al foro seguida de Tisbe.*) No. Tú quédate aquí y observa; entérate de todo. (*Aparece Friné por la puerta del foro, y asiendo un brazo de la reina se interna con ella.*)

Escena III

Tisbe y Cleón; después, Hiperión y Gorgias, que entran por la izquierda

Tisbe.- ¡Dioses inmortales, poned fin a este suplicio!

Cleón.- ¿Conoce Alceste la triste verdad?

Tisbe.- Sí, toda la verdad. No podía durar más tiempo el engaño...¿Y los viejos?

Cleón.- Están allí...(*Señalando a la izquierda.*) en su aposento, con sus amigos. Demofonte, encastillado furiosamente en su idea de la Regencia trina.

Tisbe.- ¡Qué absurdo, Cleón! En una sola mano ha de estar el gobierno de Tesalia. Así lo hemos convenido. (*Pausa. Entra Hiperión seguido de Gorgias.*)

Hiperión.- La reina, ¿dónde está? Queremos verla.

Tisbe.- Está en el aposento de los principitos. Invoca a Minerva, su diosa tutelar.

Gorgias.- Admeto nos ha prohibido que enteremos a la Reina de la tremenda desgracia que la amenaza. Él lo hará cuando le acomode y lo considere preciso.

Hiperión.- Pero necesitamos conocer el estado de ánimo de Alceste y...

Tisbe.- El estado de su ánimo es lastimoso. Dejadme que yo la prevenga, y después os diré si puede recibiros.

Gorgias.- ¿Acaso sabe o sospecha?...

Tisbe.- Tal vez.

Hiperión.- Su penetración es muy grande y fácilmente habrá encontrado una certidumbre en el misterio que la rodea.

Tisbe.- Voy a su lado. Esperad; esperemos todos. (*Vase Tisbe por el foro.*)

Escena IV

Cleón, Hiperión y Gorgias

Hiperión.- Terribles días vendrán para Tesalia si un hado benéfico no impide la muerte del Rey. Esperemos aún. Es posible que la Fatalidad, siempre caprichosa y voluble, nos prepare alguna sorpresa.

Cleón.- He consultado los astros y ellos me han dicho que la grandeza de estos reinos ha de perdurar inalterable. En toda Naturaleza física advierto señales de calma y de perfecta armonía.

Gorgias.- La majestad de la Naturaleza. Amigo Cleón, no está siempre relacionada con las pequeñeces humanas.

Escena V

Cleón, Hiperión, Gorgias, Erecte, Demofonte y Asristipo, que entran por la izquierda; después, Friné, por el foro

Erectea.- (*Andando trabajosamente.*) ¿Y Alceste? Creí encontrarla aquí.

Cleón.- No tardará en venir. Está en el aposento de sus hijos invocando a la sacra Minerva.

Aristipo.- En ello se ve la agudeza de su ingenio.

Demofonte.- Quiere prevenirse...

Erectea.- (*Se sienta, afectando gran pesadumbre.*) ¡Oh, qué inmensa pena! ¡Ver morir al hijo amado en la flor de la edad! (*Suspira hondamente. Pausa.*)

Gorgias.- ¿Y Pherés?

Erectea.- (*Lacrimosa.*) Agobiado por el dolor, permanece en su estancia con Polícrates...Como la desgracia no tiene remedio, conforta su flaqueza con una colación succulenta...Debemos sobreponernos al infortunio y pensar seriamente en el porvenir de la patria. (*Vuelve a suspirar.*) Quiero que Alceste me diga si está propicia a disponer con Pherés y conmigo que todos los pueblos del Anfictionado renuncien a sus peculiares Constituciones, sometiéndose a una ley común.

Hiperión.- (*Vivamente.*) ¡Alto allá, Princesa! Contén los vuelos de tu imaginación. Absurdo es lo que propones. La Confederación tesálica nunca se convertirá en Imperio.

Gorgias.- El Imperio sería la descomposición, la muerte. En la historia...

Erectea.- (*Con enojo, interrumpiéndole.*) Eso no es de tu cuenta, Gorgias. ¿Qué sabes tú del gobierno y régimen de las multitudes?...Muerto mi amado hijo..., ¡ay!, se dispondrá lo que juzguemos más conveniente. (*Entra Friné por el foro y se acerca a Cleón.*)

Cleón.- (*Aparte, a Friné.*) ¿Tú por aquí, Friné?

Friné.- (*Aparte, a Cleón.*) Tisbe me encarga que observe lo que éstos hacen y dicen.

Demofonte.- La princesa Erectea tiene razón. El Imperio se impone.

Hiperión.- El Imperio no será un hecho, a menos que pierda la razón Alceste, que ha de regir la compleja máquina del Anfictionado.

Erectea.- ¿Sola?

Hiperión.- (*Con firmeza.*) Sola.

Gorgias.- Así lo dispone el Rey en su testamento.

Erectea.- Creo que deliráis. Y tú, Cleón, ¿qué dices?

Cleón.- Opino como el sabio consejero de Tesalia. (*Señala a Hiperión.*) Estudiando la Naturaleza y su armonía sublime veo que Alceste...

Erectea.- (*Interrumpiéndole.*) Sí, conducirá hábilmente los asuntos del Estado. (*Aparte, a Demofonte.*) ¿Oyes, Demofonte?

Demofonte.- (*En tono profético.*) ¿No habéis dicho que Alceste invoca a Minerva?...Pues yo os aseguro, a fe de sacerdote, que la diosa de la Sabiduría ha de inspirar a la reina lo que a mí me ha dicho el oráculo de Delfos.

Aristipo.- ¿Qué?

Demofonte.- Que ha de organizarse el supremo gobierno de estos Estados con el auxilio directo de los Príncipes ancianos, compensando así la inexperiencia de Alceste con la sabia experiencia de Pherés y Erectea. La Regencia trina...

Hiperión.- (*Cortándole la palabra a Demofonte.*) No será jamás.

Erectea.- (*A Hiperión, colérica, con altivez desdeñosa.*) ¿Y quién te dice a ti que has de ser consejero dentro de algunas horas?

Hiperión.- No ambiciono serlo. (*Con marcada sinceridad.*) Pero lo seré si lo dispone...quien puede disponerlo.

Erectea.- (*Revolviéndose inquieta.*) Y tú, Aristipo, ¿no dices nada?

Aristipo.- Yo, consecuente con mi filosofía, que armoniza la voluptuosidad con las virtudes, afirmo en conciencia que Alceste debe aprestarse a contraer pronto segundas nupcias. Ni el hombre ni la mujer deben estar nunca solos.

Erectea.- (*Colérica.*) ¡Qué desatino!

Hiperión.- ¡Qué disparate!

Demofonte.- (*En tono campanudo.*) ¡Qué indiscreta estulticia! (*Friné, Cleón, y Gorgias se ríen. Pausa. Demofonte habla en voz baja a Erectea. Aristipo y Cleón forman grupo con Friné, cuchicheando. Hiperión y Gorgias se acercan a la puerta del foro.*)

Hiperión.- (*Impaciente.*) Cuánto tarda la reina. (*Gorgias mirando hacia el fondo.*) ¿Ves algo?

Gorgias.- Sí...Veo a la reina prosternada ante el Ara de Minerva, entre los lechos de sus hijos...La imagen que hay en el altar en la propia Minerva... viva... viva...

Hiperión.- (*Mirando también.*) ¡Oh prodigio!

Gorgias.- ¡La diosa de la Sabiduría alarga los brazos y habla con Alceste!

Hiperión.- ¡Ahora, la reina, deshecha en llanto, besa a sus hijos, como despidiéndose de ellos!

Gorgias.- Inaudito suceso, en verdad. (*Continúan los dos en acecho junto a la puerta del foro.*)

Escena VI

Cleón, Hiperión, Gorgias, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés y Polícrates

Pherés.- Erectea, ¿estás aquí?

Erectea.- Sí, aquí estoy. Siéntate. Escucha. (*Pherés se sienta, y junto a él Erectea y Demofonte. Hablan en voz baja.*)

Aristipo.- (*A Friné, que forma grupo en la izquierda con él, Cleón y Polícrates, el cual ha ido presuroso junto a la hermosa esclava.*) Hermosa Friné, el acaso me pone a tu lado. Aunque el austero Cleón se escandalice, yo te digo que veo en ti la perfecta imagen de la filosofía que profeso. Eres bella y eres virtuosa.

Cleón.- Yo no me escandalizo. Al contrario, reconozco en la hermosa esclava un ligero contacto de tu filosofía con la ciencia que yo profeso. Las grandes armonías de la Naturaleza nos las enseñan lo mismo el fulgor de una estrella que el brillo de los ojos de una mujer. Los ojos de Friné son luceros.

Polícrates.- Yo, que cultivo la armonía en otra esfera, digo que la belleza de la mujer es la mejor música con que los hombres pueden cantar la gloria de los dioses.

Aristipo.- Calla, Polícrates.

Cleón.- Una cosa es tañer la flauta y otra valerse de la totalidad armónica del universo para echar piropos a esta hembra lindísima.

Friné.- Vaya, vaya. Déjenme en paz los amables vejestorios. (*Se retira del grupo que forman Aristipo, Cleón y Polícrates, acercándose a los que rodean a Pherés. Erectea y Demofonte pasan hacia la derecha dialogando quedamente.*)

Pherés.- Aristipo, Cleón, Polícrates, acercaos (*los tres se acercan.*), acercaos. (*Viendo a Friné junto a él.*) A ti, Friné, te digo lo contrario; que te alejes. Tu hermosura me trastorna. (*Pausa.*) En esta noche tristísima... ¡Ay de mí, pobre Admeto!... no quiero que ningún pensamiento mío, ninguna sensación, por leves y fugaces que sean, me aparten de la honda pena que me agobia....¡Oh hijo mío, condenado a morir en plazo perentorio! (*Suspira. Pausa. Viendo que Friné se aleja de su lado.*) Friné, no te vayas.

Friné.- (*Volviendo al lado de Pherés.*) Pero qué, ¿me voy o me quedo?

Pherés.- Quédate, quédate, preciosa esclava. Necesito que todos me acompañen. La soledad aumenta horriblemente mi tribulación. Acércate, Friné. Déjame que te mire...¡Eres tan bonita!

Erectea.- (*Volviéndose hacia su esposo.*) Pherés, ¡por Cástor y Pólux, ten comedimiento! (*A la esclava.*) Tú, Friné, ven a mi lado. (*Friné acude al llamamiento y Erectea la reprende.*)

Pherés.- ¿Me abandonas, hermosa esclava?

Aristipo.- Príncipe, tu cabeza está un poco turbada.

Pherés.- Sí, sí; no lo niego.

Cleón.- Tal vez la copiosa cena y el beber abundante...

Pherés.- No. El comer y el beber no. Es la pena... ¡ay!... lo que me conturba. He comido lo preciso para sostener mi pobre cuerpo, y sólo bebí ración sobria del licor reconfortante que alarga la vida...Pero mi dolor..., ¡ay!..., es inmenso.

Hiperión.- (*Aparte, a Gorgias. Mirando por entre los tapices del foro.*) Una mujer se acerca.

Gorgias.- (*Aparte, a Hiperión. Mirando también.*) Es Tisbe. Retirémonos. (*Vuelven los dos al proscenio. Dos esclavas levantan los tapices del foro y sale Tisbe, que precede a la reina.*)

Escena VII

Cleón, Hiperión, Gorgias, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés, Polícrates, Tisbe y Alceste

Tisbe.- La reina viene ya. Su aflicción es tan grande, que parecen perturbadas sus preciosas facultades.

Polícrates.- ¿Pero sabe?...

Tisbe.- Todo... todo...

Alceste.- (*Que entra por el foro.*) Las ilustres personas que aquí veo, ¿me esperan? ¿Desean hablarme?

Aristipo.- Sí.

Cleón.- Sí.

Alceste.- Pues yo les digo que mi espíritu apetece el recogimiento silencioso.

Erectea.- Tu dolor, como el nuestro, repugna las vanas conversaciones...Alceste, hija mía, ¿has invocado a Minerva para que te inspire las resoluciones acertadas?

Alceste.- Y tú, venerable Erectea, ¿no has invocado a Ceres para regalarte como tu esposo Pherés con todos los frutos de la Naturaleza?

Erectea.- Tus palabras me duelen, ¡oh, Alceste!...Mi amado esposo atiende al cuidado de su salud, preparándose para soportar los grandes quehaceres que nos aguardan.

Pherés.- (*Alelado.*) Así es...Erectea dice verdad...¡Oh, los quehaceres!

Alceste.- Los afanes políticos no me causan ninguna fatiga. Soy una mujer indocta y vulgar, consagrada al cariño de su esposo y al cuidado de sus hijos.

Erectea.- Pero lo cierto es que tú has estado invocando a la diosa de la Sabiduría para que te inspire las artes de gobierno.

Alceste.- No. He velado el sueño de mis hijos, contemplando los verdes ojos de la sacra Minerva, y en ellos, como en el dulce aliento de mis hijos, he aprendido las lecciones que me hacen falta en estos momentos.

Gorgias.- (*Aparte, a Hiperión, que junto a él observa la escena desde la izquierda.*) ¿Entiendes esto, Hiperión?

Hiperión.- (*Aparte, a Gorgias.*) Algo voy entendiendo. Aguardemos. Oigamos un poco más.

Demofonte.- (*Con énfasis.*) Las lecciones que son menester para regir los pueblos no se aprenden en una hora.

Alceste.- Mucho sabes, Demofonte, Pero Minerva, que sabe más que tú, me ha enseñado la divina ciencia en menos de un minuto. No tardaréis en convencerlos.

Demofonte.- Aun así, necesitarás de la experiencia de los ancianos. Príncipes para salir airosa en tu empresa.

Alceste.- Yo proclamo el absurdo de que la experiencia rutinaria precipita la ruina de los pueblos. La juventud inexperta es la que los redime, la que los salva. (*Inaudito asombro de Erectea y Demofonte. Hiperión y Gorgias redoblan su atención. Lo mismo hacen Aristipo y Polícrates.*)

Pherés.- (*Balbucente.*) Juventud... juventud... ¿dónde estás?

Cleón.- (*Aparte a Tisbe, que está con él y con Friné a la izquierda.*) Bien claro se ve que Alceste se proclama Regente única.

Tisbe.- (*Aparte a Cleón, recelosa.*) No sé, no sé. Esperemos. Me parece que es otra su idea.

Alceste.- Con la ciencia que por inspiración del cielo he adquirido yo, haré feliz a Tesalia...Considerad vosotros la situación que nos espera. Muy pronto los pueblos reunidos por Admeto en apretada comunidad se disgregarán, recobrando su independencia. Pero a mí, podéis creerlo, me deleita ver a los pueblos en el desenfrenado uso de su albedrío...Ello es hermosísimo, ¿verdad?

Aristipo.- (*Aparte a los que están junto a él.*) Ya lo oís; la pena ha turbado su razón.

Polícrates.- (*Lo mismo.*) Ha perdido la cadencia mental y el ritmo de las ideas.

Alceste.- Pues ese torbellino, ese caos del Anficionado, lo arreglaré yo... yo...Para algo ha de servirme este amuleto. (*Lo muestra.*) Vedlo; es el escudo de la diosa.

Demofonte.- (*Aparte, a Erectea.*) ¿Has oído, Princesa?...¿Qué dislates, qué desvarío!

Erectea.- (*Aparte, a Demofonte y Pherés.*) ¡Pobre Alceste!

Pherés.- (*Aparte, a Erectea y Demofonte.*) ¡Pobre!

Gorgias.- (*Aparte, a Gorgias.*) Sí. La Reina se propone ofrecer su vida a los dioses para salvar la de Admeto. Comunicaremos esta fausta nueva a los guerreros y magnates. Pero con sigilo, con discreción...

Gorgias.- ¡La historia está de enhorabuena!

Alceste.- (*Como volviendo a la realidad.*) Hiperión, Gorgias...

Hiperión.- (*Arrodillándose.*) Divina Alceste, Hiperión de Mileto te ofrece sus homenajes más rendidos.

Gorgias.- (*Arrodillándose también.*) En mí tienes, ¡oh reina!, tu servidor fiel, tu esclavo más humilde.

Alceste.- (*Con amargura.*) Acepto y agradezco esos amables cumplimientos. Pero me los ofrecéis tan a deshora, que mi alma se llena de sobresalto al oíros. ¿Dónde está el rey? Quiero verle al momento.

Gorgias.- El rey está en la Sala del Consejo...

Hiperión.- Con los guerreros y magnates de Tesalia.

Alceste.- (*Con ademán imperativo.*) Que venga al instante. Que vengan todos. Yo lo quiero, yo lo mando.

Hiperión.- (*Inclinándose respetuosamente.*) Vendrán, reina.

Gorgias.- (*Lo mismo.*) Vendrán. (*Vanse Hiperión y Gorgias por la izquierda.*)

Escena VIII

Cleón, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés, Polícrates, Tisbe, Alceste, Hiperión; después, Admeto, Patricios, Magnates, Próceres. Dignatarios del Anficionado de Tesalia y Gorgias

Alceste.- (*A cuantos la rodean.*) Los guerreros y magnates quieren para la Tesalia victorias, grandezas, consolidación del Anficionado, aumento de territorios. Todo eso y más han de tener.

Erectea.- (*Con discreta sorna.*) ¿Lo harás tú, o lo haremos los tres? (*Señalando a Pherés.*)

Alceste.- Yo sola..., yo.

Pherés.- (*Enojado.*) ¡Por Júpiter, que es descomunal soberbia la tuya!

Erectea.- ¡Y considerada tu ambición!

Demofonte.- (*En tono de severo reproche.*) Ten cuidado, Alceste. A los dioses no es grata la temeridad desmedida de los mortales.

Hiperión.- (*Entra por la izquierda, precedido de esclavos.*) El rey.

Alceste.- (*Yendo al encuentro de su esposo, Admeto, que entra presuroso, seguido del séquito, se abraza tiernamente a la reina.*) Admeto... Admeto... Rey mío...¿Amas hoy a tu esposa como la amaste siempre?

Admeto.- (*Con voz entrecortada por la emoción.*) El amor mío, grande como el mundo, inextinguible como los elementos de la Naturaleza, más poderoso que los dioses, no puede sufrir alteración en este instante supremo cuando el alma de Admeto se dispone a entrar en la eterna sombra. (*Pausa.*) Hice cuanto pude para impedir que conocieras mi sentencia inexorable. Pero tú lograste romper el arcano y triunfar de mi silencio...Vengo a darte el último adiós y a transmitirte el derecho de gobernar mis pueblos y de ejercer la tutela de nuestros hijos.

Demofonte.- (*Aparte.*) ¡Adiós, Regencia trina!

Alceste.- A ti, mi adorado esposo, con quien he vivido plácidos años de dulcísima paz y perfecta armonía..., ¿dejarás de amarme..., ahora..., en este instante..., si te desobedezco?

Admeto.- (*Ceñudo.*) ¿Desobedecerme tú?...¡No puede ser!

Alceste.- La voz mía, esposo querido, es en este momento fatal la voz de la razón. Y la razón se sobrepone siempre a los designios humanos. Lo que voy a decirte me lo ha sugerido la propia Minerva. Es la voluntad de los dioses. Tú, que hace algunos años eras tan sólo príncipe del humilde Estado de Pherés, llegaste por tu arrojo en las batallas, por tu agudeza en la política y por las peregrinas cualidades que te adornan, a reunir los diferentes estados de Tesalia, reinos los unos, repúblicas los otros, patriarcados los más, constituyendo esta admirable federación, fuerte y poderosa, que es el honor más grande de la Grecia...¿Me negarás esto?

Admeto.- (*Turbado.*) No. ¿Cómo he de negarlo?

Alceste.- Entonces... ¿reconocerás que tú has sido el único autor de esta obra maravillosa: el Anfictionado de Tesalia?

Admeto.- (*En tono sombrío.*) Sí, lo reconozco, obra mía es.

Alceste.- ¿Y tú razón no se concierta con la mía para decirte que desapareciendo tú del mundo de los vivos esta obra, aun no bien trabada, se deshará fatalmente..., irremisiblemente?

Admeto.- (*Con creciente turbación.*) Cierto... sí... Así será, sin duda...Pero la culpa no es mía, sino de los dioses, que me condenan a morir...Nosotros, míseras criaturas, juguetes de las pasiones y venganzas de las divinidades olímpicas, no podemos impedirlo.

Alceste.- (*Con entereza.*) Sí podemos...Escucha un poco más...Saco ahora del pensamiento toda mi razón para decirte que si yo te sobrevivo seré incapaz de tomar en mi débil mano la Regencia de estos pueblos...¿No te imaginas a la desventurada Alceste combatida por esta y la otra facción, absolutamente desarmada ante las ambiciones y las intrigas? ¿Qué puedo hacer yo, triste de mí, que nada sé de guerras ni de política, ni entiendo el arte de conducir a los pueblos?...¿Qué he de hacer yo?...Dejar perecer el Anfictionado, perder la corona, el porvenir de nuestros hijos...Y, por último, huir de esta tierra querida para esconder mi desdichada persona en el último rincón de Grecia.

Admeto.- (*Con exaltación.*) ¡No, no; eso no será!

Alceste.- Pues si lo que acabas de oír no te persuade, esposo mío, debes saber que cuando Hermes, el de los pies ligeros, vino a comunicarte el convenio con las Parcas, los dioses

tenían decidido que fuese yo, y nadie más que yo, la persona que había de morir en tu lugar. (*Gorgias entra presuroso por la izquierda.*)

Gorgias.- (*Aparte, a Hiperión.*) El Genio de la Muerte ha entrado ya en el palacio. (*Hiperión, con un gesto, le ordena callar y esperar.*)

Admeto.- El sentenciado soy yo, y moriré... me mataré.

Alceste.- Matándote no cumples la sentencia...Moriré yo... yo...

Admeto.- ¡No, no! (*Echa mano a la espada. Hiperión, Gorgias y un guerrero le sujetan para que no pueda desenvainar el arma. Admeto forcejea para desasirse.*)

Hiperión.- Tú has de vivir, rey de Tesalia; para bien de la patria.

Gorgias.- La historia te necesita.

Admeto.- (*Forcejeando con los que le sujetan.*) ¡No, no!

Alceste.- Si te quitas la vida será inútil, porque moriré yo, y tú dejarás huérfanos a tus reinos y a nuestros hijos.

Hiperión.- Heroína es Alceste. A su abnegación deberemos la vida del mejor de los reyes.

Admeto.- (*Forcejeando aún con los que le sujetan.*) ¡No, no!...¡Nunca pensé que el vivir fuera el más grande de los dolores!...¡Malditos dioses! ¿Para qué quiero yo la vida, si al dárme la me quitáis la felicidad?

Escena IX

Cleón, Erectea, Demofonte, Aristipo, Friné, Pherés, Polícrates, Tisbe, Alceste, Hiperión, Admeto, Patricios, Magnates, Próceres. Dignatarios del Anficionado de Tesalia, Gorgias, Eumelo y Diomeda, que entran por el foro, seguidos de doncellas y esclavos. Los principitos vienen descalzos, con largos ropones de color de rosa. Oyese música lejana de liras. Desde la puerta corren hacia su madre, que se ha reclinado en el canapé con suave indolencia. Más tarde, el Genio de la Muerte

Eumelo.- ¡Madre mía! (*Abraza y besa a Alceste.*)

Diomeda.- (*Hace lo mismo que su hermano.*) ¡Madre, madre!

Alceste.- (*Correspondiendo tiernamente a las caricias de sus hijos.*) ¡Hijos de mi alma! Muero para que viva vuestro padre, más necesario que yo a la tierra en que habéis nacido.

Admeto.- (*Sollozante.*) ¡Oh fatalidad, cruel destino!

Alceste.- (*Que sufre un desvanecimiento precursor de la muerte.*) Admeto, adorado Admeto, ven a mí. (*Admeto se desprende de los que le sujetaban, y va al lado de la reina. Besa su frente, cae de rodillas y humilla la cabeza con suprema desolación.*) Ven, rey mío.

Admeto.- ¡Oh, sublime Alceste, más alta que las más altas divinidades!

Alceste.- Hijos míos, esposo querido: vosotros que me idolatráis, guardad siempre en vuestros corazones el amor a la pobre Alceste...(A sus esclavas y doncellas, patricios, magnates y dignatarios.) Mis leales servidores, amigos, magnates, patricios de Tesalia: guardad siempre la dulce memoria de vuestra reina...(A Tisbe.) Tisbe, mi fiel Tisbe, mi amada nodriza...(Acude Tisbe a ella y le besa la mano.) ¡Acordaos todos de mí!...¡Dadme vuestros tiernos adioses! (*Se incorpora trabajosamente. Acuden todos, besándole la mano uno tras otro.*) Demofonte, Hiperión, Gorgias, Aristipo, Cleón, Polícrates... sed dichosos y ayudad al rey en sus magnas empresas...Guerreros invencibles... que vuestras armas eleven hasta lo más alto del cielo el honor de Tesalia...(A Erectea y Pherés.) Adiós, queridos ancianos, adiós!...¡Vivid... vivid felices! (*Alceste sufre otro desvanecimiento que anuncia la inminencia de la muerte. Tisbe y Admeto la sostienen nuevamente en sus brazos.*)

Tisbe.- ¡Oh desventura!

Admeto.- ¡Oh fatalidad!

Alceste.- (*Moribunda.*) Muero... por la vida de mi esposo... Por el porvenir de mis hijos... por el bien de todos... por la gloria de mi patria querida...

Admeto.- ¡Alceste... Alceste... esposa adorada!

Alceste.- (*Agonizante, al Rey.*) ¡Muero... por...ti!

Admeto.- ¡No... no quiero... no!

Alceste.- (*A punto de expirar.*) Divina Minerva... condúceme... con blanda mano... al reposo eterno. (*Suena el bronce. Todos quedan suspensos y aterrados. Aparece por el foro el Genio de la muerte, que extiende sus brazos cubiertos de negro crespón. La reina cierra los ojos, y con un largo suspiro expresa su último instante. Las mujeres y los niños prorrumpen en llanto.*)

Hiperión.- Alceste ha muerto.

Gorgias.- Sí, ya expiró.

Admeto.- (*En la exaltación de su dolor.*) ¡Alceste, Alceste, celestial mujer: te llevas mi alma, me dejas la miseria corporal, el tedio inmenso de vivir sin ti! (*Telón.*)

Acto tercero

Cuadro primero

Telón corto. Galería en el palacio de Admeto, ornada con pinturas murales

Escena primera

Admeto; después, Tisbe, Cleón y Eumelo

Admeto.- (*Meditabundo, agobiado por inmensa pena.*) No hay consuelo para ti, miserable Admeto; no lo hallarás ni en la soledad inmensa, ni en el bullicio de los quehaceres que lentamente amortiguan las tristes memorias; no te lo dará tampoco el vago tiempo, que en el seno de las horas engendra el olvido. (*Pausa.*) ¡Oh Alceste, mujer sin par; hartos saben los dioses que siempre aborrecí la idea de que murieras por mí!...Por eso no te di conocimiento de la fatal sentencia...Pero, ¡ay!, no cuidé de precaverme contra tu curiosidad...Y tu curiosidad, estimulada con el grande amor que me tenías, hizo inútil mi mutismo...(Golpeándose el cráneo con desesperación.) Hombre feliz, hombre menguado, ¿por qué no tuviste el arranque de morir con Alceste para que su alma y la tuya perdurasen unidas en la sombría eternidad?...La reina ha pasado la tenebrosa Estigia en la barca de Caronte...¡Ya no veré más a mi esposa idolatrada!...Miserable Admeto. ¿de qué te sirve la existencia sin amor? (*Iracundo, alzando los brazos como si increpase al cielo.*) Vosotros, crueles dioses, ¿por qué no me aniquilasteis mil veces? ¿Por qué me habéis puesto en el fiero trance de amar ahora la muerte con ansias tan hondas como antes amé la dulce vida? (*Pausa. El rey se esfuerza por contener el llanto. Por la izquierda entran Tisbe, llorosa, con Eumelo y Cleón en actitud desolada, los tres cargados de hierbas silvestres y flores. Admeto, al reparar en ellos, dice:*) Tisbe, Eumelo, hijo mío; Cleón, ¿aún lleváis más flores al lecho mortuario de Alceste?

Cleón.- (*Inclinándose en severa cortesía.*) Sí, rey mío.

Tisbe.- Quisiéramos rodear su precioso cuerpo de todas las galas de Naturaleza...Aquí le llevo el cítiso amargo, la retama olorosa, el tymus perfumado que dábamos a los tiernos corderillos para enseñarles a los tiernos corderillos para enseñarles a comer cuando Alceste, de niña, juguetaba en las praderas del Pindo.

Cleón.- Le llevamos también las anémonas de matiz purpúreo, las humildes verbenas que ella misma, con sus divinas manos, plantó en el jardín.

Eumelo.- (*Mostrando unas florecillas.*) Mira, Tisbe: en el campo del gimnasio, donde hacía yo mis ejercicios, he cogido estas flores chiquitas. Mira, mira... Estas encarnadas están, como ella decía, teñidas con la sangre de la maldita Gorgona a quien mató Perseo.

Tisbe.- ¡Ay, sí! Vamos a ponérselas.

Eumelo.- Vamos. Las colocaremos sobre su seno.

Cleón.- O en sus divinas manos.

Tisbe.- ¡Oh desventurada mía!...Pierdo a la que siendo mi reina me dio trato de amiga, de hermana, de compañera inseparable. (*Entra Hiperión por la derecha.*)

Cleón.- Desdicha horrenda es la que nos aflige.

Tisbe.- (*Sollozante.*) Alceste se va y me deja sola en el mundo...¡No puedo, no puedo vivir!

Admeto.- Vuestro duelo, como el mío, es de los que no tendrán nunca reparación...Id pronto junto al lecho mortuario donde yace mi adorada esposa. Allá iré yo después. Tengo que dar órdenes.

Cleón.- Vamos, Tisbe.

Tisbe.- Vamos, Cleón. (*Vanse por la derecha.*)

Escena II

Admeto, Hiperión

Hiperión.- (*Adelantándose hasta el Rey.*) Ya se han cortado las crines a todos los corceles de tu casa. La prescripción elemental de luto en estos pueblos está cumplida.

Admeto.- Quiero más. Hiperión. Quiero que todos los ciudadanos del Anfictionado manifiesten su duelo de la manera más expresiva.

Hiperión.- Así será. He dispuesto que el luto sea general en tus Estados... Ahora, querido rey, cuando pasen los días del ritual funerario y de las indispensables ofrendas y sacrificios, espero yo, y esperamos todos, que busques en los cotidianos afanes del gobierno y de los negocios públicos el único alivio eficaz de tu inmensa tribulación.

Admeto.- No, consejero y amigo; no hay lenitivo posible para la infinita angustia de este rey infortunado. Si bajo mi mando estuviera toda la Grecia, el Asia Menor, la remota Persia y el misterioso Egipto, cuantas tierras conocemos, no habría ya paz para mi alma...Porque no es sólo el dolor lo que agobia, es la turbación de mi conciencia por no haber sabido impedir que muriera en mi lugar esa mujer incomparable, mi adorada reina, gala y orgullo de mi existencia y de mi patria.

Hiperión.- No hay motivo para esa turbación de tu conciencia. Los supremos dioses así lo han querido, así lo han dispuesto.

Admeto.- ¡Ah, si yo pudiera volver los hechos atrás!...(Oyese lejano ruido de trompetas y cuernos de caza.) ¿Oyes, Hiperión?...¿Qué es eso?

Hiperión.- No sé... cazadores que pasan...Recógete, Admeto. La noche ha sido tormentosa. Estás falto de descanso, falto de sueño.

Admeto.- El descansar, el dormir, serían hoy para mí nuevas mortificaciones. Velaré...Quiero contemplar hasta el último instante los restos inanimados de mi adorada esposa, para que su belleza marchita quede impresa en mi alma por todo lo que me resta de vida. Quiero además poner mis ojos y mis manos en la preciosa tumba que he mandado erigir para ella en el ameno y umbroso bosque de mis jardines, donde Alceste pasaba las tardes con nuestros hijos y con los maestros que cuidan de su educación... ¡Ay de mí, esas plácidas horas pasaron para siempre! (*Queda suspenso, oyendo más cerca el sonido de las trompetas y cuernos de caza.*)

Hiperión.- Los cazadores se acercan.

Admeto.- ¿Quién se atreve a turbar la tristeza de mi casa? (*Oyese bullicio de gentes alegres que se aproximan al palacio.*) ¡Malditos los que profanan esta mansión mortuoria con su

alegría impertinente! (A Hiperión.) Que los despidan, que los echen de aquí. (*Entra Gorgias precipitadamente por la izquierda, seguido de Aristipo y de Polícrates. Demofonte aparece por la derecha. Todos se muestran azorados, como si hubieran sido sorprendidos por un acontecimiento grave que nadie pudo prever.*)

Escena III

Admeto, Gorgias, Hiperión, Aristipo, Polícrates y Demofonte

Gorgias.- ¡Admeto! ¡Admeto!

Admeto.- (*Iracundo.*) ¿Qué ocurre?

Gorgias.- Hércules, el divino Hércules, con séquito de bacantes y aventureros impetuosos, ha llegado a tu palacio de paso para la Tracia.

Polícrates.- Y en tu palacio se toma la hospitalidad que por su jerarquía merece.

Admeto.- (*Llevándose las manos a la cabeza.*) ¡Imposible, oh crueles dioses, imposible!

Demofonte.- Soberano de Tesalia, el que viene a honrar tu casa es un semidiós.

Admeto.- Que siga Hércules adelante, que busque otro techo donde reine la felicidad.

Hiperión.- Cálmate, Admeto. El dolor oscurece tu razón. Reflexiona, ¡oh Admeto! Considera que tienes en tu casa a un hijo de Júpiter, al héroe más grande que hay en toda la Tierra.

Admeto.- ¿Y por los fueros de la hospitalidad he de acallar mi dolor cual si fuera una vergüenza?

Hiperión.- Sí, rey mío. Oye la voz de tu fiel consejero, que jamás te engaña.

Demofonte.- Esa ley inexorable ordena que ante un huésped divino se oculte toda señal de luto que pueda turbar su contento.

Admeto.- ¡Imposible! ¡Imposible! Mi dolor se sobrepone a las reglas de la hospitalidad y a los mismos dioses.

Gorgias.- En la historia vemos ejemplos mil de este sacrificio del dolor de un rey ante la majestad de las personas olímpicas.

Hiperión.- Tienes que aposentar a Hércules espléndidamente, regalarle con manjares exquisitos.

Admeto.- ¡En mi casa sólo hay espacio para el dolor!

Demofonte.- (*En tono severo de reconvención.*) La ley de hospitalidad es en Grecia un rito, es liturgia, y un soberano como tú no puede faltar a ella sin ofender gravemente a los dioses.

Admeto.- Disponed vosotros lo que creáis preciso. Yo me retiro.

Hiperión.- Aunque sólo sea un instante, debes salir a recibir al huésped y a darle la bienvenida.

Gorgias.- Es Hércules, Hércules, el héroe de los héroes, bienhechor invicto de la humanidad.

Aristipo.- Bastará que te presentes a él con un decoroso fingimiento.

Polícrates.- Nosotros fingiremos mucho más, acompañando y festejando al semidiós.

Hiperión.- Descuida, rey mío. Sabremos sacarte airoso de este fatal compromiso.

Admeto.- Pues bien: acomodad a Hércules en el pabellón de las Cariátides, el más distante del palacio...Cuidaréis de que ninguno de los compañeros del semidiós penetre en los aposentos donde estamos los doloridos. Que la incomunicación sea completa...Y procurad por todos los medios compatibles con el decoro de la casa que el divino huésped prosiga su ruta lo más pronto posible...Ya sabéis que esta tarde...(*Ahogando un sollozo.*) ¡Ay!...

Hiperión.- Sí; el entierro de Alceste.

Demofonte.- Ya procuraremos que Hércules abrevie su visita.

Gorgias.- Retírate, Admeto y deja todo a nuestro cuidado. (*Vase Admeto por la derecha, con demostraciones de gran contrariedad y aflicción. Pausa.*)

Hiperión.- Yo, por razón de mi cargo, tengo que salir a recibir al héroe.

Gorgias.- Y yo cuidaré de que sea servido y agasajado como merece el que con justicia llamamos redentor de la humanidad. (*Vanse presurosos por la izquierda Hiperión, Aristipo, Gorgias y Polícrates. Demofonte se va por la derecha.*)

Cuadro segundo

Jardines en el palacio de Admeto. A la izquierda, primer término, una alameda que da paso al exterior. Segundo término, izquierda, fachada de un pabellón, con galería abierta, practicable, cuyo techo sostienen cuatro Cariátides. La galería está a un metro de altura del suelo, y tiene una escalinata que la pone en comunicación con el piso del jardín. Corpulentos árboles al foro y laterales. A la derecha, entrada a otras alamedas que conducen al palacio. Junto a la del primer término, un banco rústico. Es de día

Escena primera

Periandro, mayordomo de la casa de Admeto, en el proskenion, dando órdenes a unos esclavos que prestan servicio en el pabellón de las Cariátides. Traen los vinos y manjares por la alameda de la derecha, y por la misma se llevan los platos y ánforas vacíos. Después, Hiperión.

Óyese ruido y algazara que parte del interior del pabellón de las Cariátides, donde Hércules y su séquito de aventureros y bacantes comen y beben alegremente, acompañados de las esclavas de la casa de Admeto y de Hiperión, Gorgias, Polícrates y Aristipo. Entre las esclavas está Friné

Periandro.- (*Al esclavo 1º, que trae un pastelón en una gran fuente.*) Aprisa, aprisa. Lléveles ese pastel para que terminen la comida y se vayan pronto.

Esclavo 1º.- El festín toca a su término. Hércules y sus compañeros no tardarán en dejarnos en paz.

Periandro.- Los dioses te oigan. Estamos rendidos. (*Vase el esclavo 1º al pabellón.*)

Esclavo 2º.- (*Que baja por la escalinata con unas fuentes casi vacías. Mostrando las fuentes a Periandro.*) Como ves, Periandro, los huéspedes hacen honor a nuestra cocina.

Periandro.- ¡Ya, ya! Buen apetito traen.

Esclavo 2º.- Devoran cuanto les servimos. Los de casa son los que no comen...Pero los sabios...

Periandro.- Como siempre, engullen de lo lindo. La gula es la madre de la sabiduría. (*Vase el esclavo 2º por el primer término derecha.*)

Hiperión.- (*Bajando del pabellón.*) Periandro, procura que el servicio marche rápidamente, para que Hércules y los que le acompañan aceleren su partida. Ahí dejo a Polícrates, Aristipo y Gorgias sustituyéndome en los honores que debemos al héroe. Yo hice mi comedia con perfecto histrionismo. El historiador, el músico y el filósofo la continuarán con sutil ingenio.

Periandro.- No tendrán queja los huéspedes de la hospitalidad que les ha dado nuestro soberano. Según parece, ya están bien hartos.

Hiperión.- Sí. Ahora se disponen a bajar al jardín para beber el vino con especias. (*Periandro sigue dirigiendo el servicio que hacen los esclavos.*)

Escena II

Periandro, esclavos, servidores, Hiperión, aventureros y bacantes, que no hablan. Erectea, Demofonte, que vienen por la derecha. Después, Cleón y Pherés

Erectea.- (*A Hiperión, que la saluda con reverencia.*) Sofocando mi dolor vivísimo, acudo a saludar al héroe que ha llenado toda la tierra con el estruendo de sus hazañas.

Hiperión.- Así debe ser, princesa.

Demofonte.- (*Enfático.*) Acatemos ante todo el dogma sacrosanto de la hospitalidad, que tiempo habrá de dar al dolor el tributo de nuestras lágrimas.

Hiperión.- Y Pherés, ¿por qué no vienes?

Erectea.- Vendrá, vendrá. Pero haciendo un supremo esfuerzo. De madrugada tuvo amagos de paralización en su noble cuerpo. Está muy malito. ¡Pobre Pherés!

Hiperión.- La vida es una coqueta que rechaza el trato con los viejos.

Erectea.- Yo tampoco ando bien. No sé qué me pasa. Siento vértigos. Se me va la cabeza... a cada instante tengo que agarrarme para no caerme. (*Se agarra con una mano a Hiperión y con la otra a Demofonte.*)

Hiperión.- Ánimo, Erectea. Eso no es nada.

Demofonte.- Las emociones de la pasada noche han desequilibrado ligeramente vuestra preciosa salud. ¡Oh venerables príncipes! Pero vosotros seguramente sabréis sobreponeros a estos menudos achaques para cumplir con el divino huésped como quien sois.

Erectea.- Sí, sí. La realeza impone deberes que, aun siendo mortificantes o violentos, no se pueden eludir.

Hiperión.- Con tu licencia, Erectea. Voy en busca de Admeto. Espero convencerle de que debe llegarse aquí, aunque no sea más que un instante, para cumplimentar al hijo de Júpiter.

Demofonte.- (*Sentencioso.*) El rey no puede excusarse de hacer su parte de comedia. (*Vase Hiperión por la derecha. En el pabellón aumenta el bullicio. Salen a la galería aventureros y bacantes con panderetas, metiendo mucho ruido.*)

Erectea.- ¡Oh, qué escándalo! Esas bacantes y esos... vagabundos me causan miedo.

Demofonte.- No te asustes, Hércules lleva siempre consigo la alegría del vivir. (*Periandro y los esclavos suben al pabellón.*)

Erectea.- ¡Qué mareo!...Déjame esperar a que cese tan insufrible algarabía. (*Se dirige hacia el banco rústico, seguida de Demofonte.*) Retirémonos a este lado y esperemos ocasión propicia para ofrecer a Hércules nuestros homenajes. (*Erectea da un traspiés, como si hubiese tropezado.*)

Demofonte.- (*Sosteniéndola.*) Cuidado, princesa.

Erectea.- Estoy desfallecida. Antes de venir aquí debí tomar algún alimento...¡Ay, ay... el vértigo me acomete!

Demofonte.- Siéntate y reposa. Aquí aguardaremos. (*Se sienta en el banco. Demofonte permanece en pie, junto a Erectea.*)

Cleón.- (*Entra por la alameda del primer término derecha, sosteniendo a Pherés, que anda renqueando, con mucha dificultad, envueltas la pierna y brazo derechos en paños de lana sujetos con ligaduras.*) Ya llegamos, venerable príncipe. Aquí tienes a tu cara esposa.

Pherés.- (*Quejándose.*) ¡Ay... ay...! Sin el auxilio del amigo Cleón no hubiera podido llegar. ¡Ay!... ¡ay... ay!

Erectea.- Ven aquí, amado Pherés; siéntate a mi lado. (*Demofonte acude para ayudar a Cleón, que conduce al Príncipe al banco donde se halla Erectea. Entre Demofonte y Cleón, llega Pherés al banco y se sienta trabajosamente.*)

Pherés.- ¡Oh, qué fatigas!

Erectea.- Díme, Cleón, ¿vienes de la cámara mortuoria?

Cleón.- Sí. Ya hemos puesto en el lecho de nuestra reina las hierbas olorosas y las flores que tanto amaba.

Pherés.- ¡Ah, pobre Alceste, alma nobilísima!

Erectea.- Yo, al mismo tiempo que deploro la muerte de la reina, siento envidia de sus altos destinos de ultratumba.

Pherés.- ¿Por qué?

Erectea.- Vais a saberlo. La fama de sus virtudes es tan grande, que sin duda los dioses han determinado ponerla en el cielo, como astro luminoso, formando parte de una brillante constelación.

Cleón.- Sí, sí.

Demofonte.- No es para tanto, Cleón.

Cleón.- Sí; Erectea está en lo cierto.

Erectea.- ¿Pero has observado el cielo con tus anteojos?

Pherés.- ¿Notaste alguna novedad?

Cleón.- De madrugada advertí entre el León y las Pléyades un nuevo astro esplendoroso. Es, sin duda, la divina Alceste.

Pherés.- (*Incrédulo.*) Esta noche escudriña otra vez el cielo con detenimiento. Podrían engañarte tus buenos deseos...o tus anteojos. (*Pausa.*)

Erectea.- Ahora, astrónomo ilustre, ten la bondad de acercarte al pabellón de las Cariátides.

Pherés.- Sí, a ver si sale el héroe a quien hemos de rendir nuestros homenajes.

Cleón.- (*Se acerca a la galería del pabellón, observa y dice:*) Hércules sale ya. (*Erectea, Demofonte y Pherés conversan entre sí.*)

Escena III

Erectea, Demofonte, Cleón, Pherés, Hércules, que aparece en la galería del pabellón, seguido de Friné, Gorgias, Polícrates y Aristipo. Este se halla un poco turbado por la bebida. Todos llevan coronas de rosas o yedra. Después, bacantes y aventureros, esclavas de la casa de Admeto, muy guapitas. Estos personajes también llevan coronas. Periandro y esclavos que, dirigidos por el mayordomo, sirven vino

Hércules.- (*Hablando con los que hay dentro del pabellón de las Cariátides.*) Apresuraos, amigos. Terminado el banquete con que nos obsequió la gallarda hospitalidad del buen Admeto, venid a beber al jardín los exquisitos licores que nos ofrece. (*Baja Hércules al jardín, seguido de Friné, Gorgias, Polícrates y Aristipo. Detrás bajan los aventureros y bacantes. Las esclavas de la casa de Admeto, Periandro y los esclavos servidores.*) ¡Ohé, mis bacantes, alegrad las horas de vuestro príncipe andariego! Pronto hemos de seguir nuestro camino. Es forzoso que antes de la noche pisemos el suelo de Tracia. (*A Friné.*) Y tú, hechicera Friné, la más hermosa hembra que ha sufrido esclavitud en el mundo, disponte a cambiar las cadenas de Admeto por las mías, que han de serte bien ligeras y dulces.

Friné.- No me apartes, ¡oh príncipe! de la esclavitud de esta casa, donde tengo mis afectos más puros. (*Los esclavos de Admeto, dirigidos por Periandro, escancian vino y lo distribuyen entre los que ocupan la escena, los cuales forman animados grupos. Erectea, Pherés y Demofonte siguen en el último término de la derecha. Cleón, Gorgias, Polícrates y Aristipo conversan en la izquierda. Hércules y Friné, en el centro del proscenio.*)

Hércules.- Yo te ofrezco un cautiverio no menos grato que el que aquí tienes.

Friné.- Gracias, príncipe.

Hércules.- Tu hermosura es espléndida. Mis ojos se embelesan contemplándola, y llegarían al éxtasis si en tus facciones no advirtiera un cierto ceño desapacible y adusto.

Friné.- No, no.

Hércules.- Ciertamente que no te han faltado un instante la donosura y la gracia. Pero no participas plenamente de nuestras alegrías. Advierto que la sonrisa se hiela en tu boca, cual si tuvieras en ella resabios de amargura.

Friné.- Es que las almas no están en toda ocasión dispuestas al regocijo.

Hércules.- ¿Tienes alguna pena?

Friné.- (*Vacilante.*) Sí... no... (*Suspira.*) Háblame de otra cosa, príncipe, si quieres que siga en tu compañía. (*Erectea y Pherés avanzan Hércules. Pherés se apoya en el brazo de Demofonte.*)

Erectea.- (*Haciendo reverencia.*) Venimos ¡oh excelso príncipe! a celebrar tu advenimiento a esta noble mansión.

Pherés.- No hemos querido que te ausentaras sin recibir nuestros más afectuosos parabienes.

Hércules.- ¡Oh, Erectea, Pherés! (*Reparando en el deplorable estado de ambos.*) Vuestras preciosas existencias declinan visiblemente. Habéis vivido luengos años. Estáis muy acabaditos... Ya la barca de Caronte os espera para llevaros al otro lado de la sombría laguna.

Erectea.- (*Consternada.*) ¡Ay no, príncipe mío; todavía es pronto! Yo llevo bien mis maduros años. (*Friné y Demofonte presencian la escena a prudente distancia.*)

Pherés.- (*Dolorido.*) Los míos buscan su fin... ¡Concédanme las Parcas algunos meses más; ¡siquiera unos días!

Hércules.- (*Ofreciendo a Erectea y Pherés dos copas de vino, que coge de una de las bandejas que llevan los esclavos.*) Bebed, amigos, y confortad vuestros cuerpos cansados. Este rico licor alarga la existencia. (*Erectea y Pherés beben. Luego hablan a Hércules con expresivos gestos. Los aventureros y bacantes y los sabios beben copa tras copa.*)

Friné.- (*Aparte, a Demofonte, mirando con ansiedad a los compañeros de Hércules.*) ¡Ay! ¿Cuándo acabarán de beber?

Demofonte.- Sí. Que beban pronto y que se vayan, para dejar espacio a la fúnebre ceremonia.

Friné.- ¡Ah, no puedo más! He prodigado sonrisas falaces, y ya mi fingimiento sólo produce muecas horribles.

Demofonte.- Pues en el banquete derrochaste alegría.

Friné.- Sí. Pero no puedo fingir más y me retiro.

Demofonte.- (*Deteniendo a Friné.*) No. Es preciso que sigas aquí, junto al semidiós... Y si Hércules quiere llevarte consigo... vete con él... a ver si de ese modo se va más pronto. (*Hércules se acerca al grupo que forman Cleón, Gorgias, Polícrates y Aristipo, para obsequiarles con vino. Erectea se acerca a Friné y Demofonte. Pherés queda solo.*)

Pherés.- (*Claudicante, haciendo esfuerzos para sostenerse.*) ¡Ay!... Cleón amigo, ven en mi ayuda. (*Cleón acude a su lado y le sostiene.*)

Cleón.- Príncipe, apóyate en mí. (*Acuden también junto a Pherés, Erectea, Demofonte y Friné.*) ¿Quieres que te lleve a tu aposento?

Pherés.- No. Esperemos un poquito.

Erectea.- (*Lloriqueando.*) Demofonte, ¿oíste lo que nos dijo el héroe?

Pherés.- (*Desolado.*) ¡Que estamos a dos dedos del sepulcro!

Erectea.- (*Afligidísima.*) ¡Que ya nos espera la barca de Caronte!

Demofonte.- ¡Bah!, eso son humoradas de Hércules. No temáis nada.

Cleón.- ¿Pero teméis a la muerte?... Esta no es más que una palabra, el nombre que damos, a la transformación de la materia universal. Los seres humanos son tan inmortales como los dioses... Pero su inmortalidad es apreciable tan sólo para nuestra razón, no para nuestros sentidos.

Demofonte.- Lindos disparates enseñas, Cleón: que los dioses nos engañan condenándonos a la mortalidad.

Pherés.- (*A Cleón.*) Según tú, la muerte es...

Cleón.- El tránsito de una vida a otra vida por el campo infinito de los espacios... (*Asombro inaudito de los que le rodean. Demofonte da muestras de iracundo enojo.*)

Erectea.- ¡Qué hermosura, pasar de una vida a otra vida!... ¿Verdad, Friné?

Friné.- ¡Oh, sí, vivir siempre, qué gusto!

Pherés.- (*Meditabundo.*) Por el campo de los espacios infinitos...(*Siguen en voz baja la trascendental conversación.*)

Hércules.- (*En el grupo de la izquierda, bromeando con Aristipo, que bebe incesantemente.*)

Filósofo insigne, tu carácter austero no es compatible con los excesos de la bebida.

Aristipo.- Mi austeridad no me ha enemistado con el amigo Baco.

Hércules.- Ya lo veo, ya lo veo.

Gorgias.- (*A Aristipo.*) Pero tu filosofía ecléctica corre grave peligro.

Aristipo.- No lo creáis...Yo presto un gran servicio a la humanidad demostrándole que la virtud y el placer son hermanos gemelos. (*Sigue bebiendo.*)

Hércules.- (*Riendo.*) Está bien. (*A Polícrates, que está un poco alegrillo, dándole una copa.*)

A ti, Polícrates, no te recomiendo la continencia.

Polícrates.- (*Cogiendo la copa.*) Gracias, excelso príncipe. El buen vino fortalece el alma del músico; y cuanto más alegre está el músico, mejor domestica a las fieras. (*Entra Hiperión por la alameda del primer término derecha y se dirige hacia Hércules. Este le sale al encuentro. Polícrates y Aristipo siguen bebiendo acompañados de Gorgias.*)

Escena IV

Erectea, Demofonte, Cleón, Pherés, Hércules, Friné, Gorgias, Polícrates, Aristipo, bacantes, aventureros, Periandro, esclavas y esclavos de la casa de Admeto. Hiperión; más tarde, Admeto

Hércules.- (*Adelantándose hacia Hiperión.*) Preclaro consejero de Tesalia. Te esperaba para beber contigo por última vez en honor de los dioses. (*Hace una seña a uno de los esclavos servidores, coge una copa de vino y se la ofrece a Hiperión.*) Toma.

Hiperión.- (*Cogiendo la copa.*) Perdona, Hércules. Un asunto...imprevisto... perentorio... me retuvo...A tu salud. (*Bebe y le tiembla la mano. Un esclavo recoge la copa vacía.*)

Erectea.- (*Aparte a Pherés.*) ¡Qué mal finge el consejero!

Hércules.- Hiperión, tu mano tiembla.

Demofonte.- (*Aparte a Cleón.*) Se acerca la hora de dar tierra al cuerpo de Alceste.

Hércules.- (*A Hiperión.*) Noto en tu rostro inquietud, sobresalto.

Hiperión.- (*Esforzándose por sonreír.*) Estoy tranquilo, estoy contento.

Hércules.- No. Yo advierto turbación en ti, tristeza en las esclavas. Ahí está Friné, que quiere sonreír y no puede.

Friné.- (*Indecisa.*) Príncipe, es mi genio.

Hiperión.- Su carácter la inclina a la seriedad taciturna.

Hércules.- Creo que me engañasteis. En la casa de Admeto no hay alegría. Cuando empecé el festín vi una cuadriga que salía del palacio. Los hermosos corceles llevaban las crines cortadas al rape. Esto es señal de luto...¿Qué ocurre aquí?...En la familia del soberano de Tesalia hay duelo. ¿Por qué lo ocultáis? (*Gorgias, Polícrates y Aristipo se acercan.*)

Hiperión.- (*Confuso.*) No... no hay duelo.

Erectea.- Es que...(Vanse por la derecha Periandro y los esclavos.)

Pherés.- Sí, Hércules...Es que...

Hiperión.- (*A Erectea y Pherés.*) Callad, dejadme a mí. (*A Hércules.*) Duelo hay en la casa, aunque no propiamente en la familia. Una virtuosa extranjera, natural de Argos, de la estirpe de Orfeo, vino enferma a esta casa y ha muerto anoche. (*Aparece Admeto por la primera alameda de la derecha, y permanece allí escuchando a Hércules, que está de espaldas a la primera caja.*)

Hércules.- ¡Ah, bien decía yo que me engañabais!...Aun en el caso de que el duelo sea por una persona extraña, debisteis decirme la verdad...La verdad es siempre el obsequio que más me satisface...Ofrecedme como la mejor prenda de afecto sinceras palabras salidas del corazón...Vamos al palacio...Quiero ver a la extranjera muerta...(*Hércules se vuelve hacia la derecha, en el mismo momento en que el Rey avanza hacia él con grave y tristísimo aspecto.*) ¡Oh, Admeto! Tu presencia tardía, la consternación que veo en tu rostro, confirman que he venido a tu casa en ocasión nada propicia.

Admeto.- (*Inclinándose respetuoso.*) Salud, príncipe excelso; héroe que llevas de pueblo en pueblo con tu pujanza infatigable la regeneración de la raza humana; salud, hijo de Júpiter y de Alcmena...En mi casa tienes tu albergue, así en las alegrías como en las pesadumbres...Perdona, ¡oh Príncipe! el engaño dictado por la inexorable ley de hospitalidad. Hércules.- Esa ley es absurda y sacrílega, cuando para cumplirla se esconde con apariencias de júbilo una fúnebre verdad. La verdad es mi norte, y guiado por ella consumé mis hazañas inauditas.

Admeto.- Yo también adoro la verdad, y pues tú la quieres, óyela, ¡oh príncipe!, y comparte mi acerbo dolor. La muerta que en mi casa espera sepultura digna de su estirpe es mi reina, mi adorable esposa, la incomparable Alceste. (*Movimiento de estupor en las bacantes y aventureros, que escuchan afanosos.*)

Hércules.- (*Con inmensa emoción.*) ¡Oh, cielos implacables, cruel Destino! (*Se arranca la corona de hiedra y rosas que ciñe su frente y la arroja al suelo. Las bacantes, esclavas y aventureros hacen lo mismo. Friné solloza. Las bacantes, esclavas, Admeto, Hiperión, Gorgias y Periandro se esfuerzan por contener las lágrimas.*) Justicia de los dioses (*Con airado acento de protesta.*) ¿dónde estás?

Admeto.- (*Desolado.*) Alceste ha muerto en lugar mío, para salvarme de una sentencia de Júpiter.

Hércules.- Tuve conocimiento de tu sentencia por la muerte que diste a Corydón. Pero al volver de Megara me dijeron que mi padre te había perdonado.

Admeto.- Perdón no hubo, sino esta horrenda desviación de mi Destino adverso, que no he podido evitar. (*Vanse por la derecha Friné y las esclavas con Demofonte.*)

Hércules.- Ven a mí, rey de Tesalia. Ya que por ignorancia turbé tu dolor, déjame ahora que contigo lo comparta como un hermano. Abrázame, amigo. Yo, aunque hijo de Júpiter, vivo más para lo humano que para lo divino. Mi padre me dio el ser, y con el ser la energía indomable y la tenaz fiereza, para que con ella trabajara por el bien de la humanidad, destruyendo los monstruos que intentan aniquilarla y las calamidades sin número que afligen la vida...Yo, como sabes, no doy paz a la mano para consumir, una tras otra, las descomunales empresas que los dioses me encomendaron. Apenas terminado un trabajo, emprendo otro; no me doy descanso ni respiro en mi formidable lucha contra el mal, cegando aquí los abismos tenebrosos, abriendo allá caminos por donde los hombres puedan correr libres y confiados, a la conquista de su bienestar. Yo estrangulé al león de Nemea, devorador del protervo Tifaón, que envenenaba las aguas; cacé al monstruoso jabalí que asolaba la comarca de Erimanthos. Yo, para limpiar los establos del poderoso Augias, desvié el río Alfeo, y sus aguas arrastraron la secular inmundicia, fecundando con ella inmensas llanadas. Yo extirpé de la laguna de Stifalia las malignas aves que con su vuelo obscurecían el sol; triunfé de Hipólita, la reina de las amazonas; vencí al bárbaro Diomedes, y le condené a ser devorado por sus caballos que se alimentaban de carne humana. Yo le quité al brutal Gerión sus feroces bueyes; desencadené a Prometeo; asalté el jardín de las Hespérides, regalando a la humanidad con las manzanas de oro que guardaba el terrible dragón. Yo hendí los montes

de Abula y Calpe para juntar las aguas de dos mares, abriendo paso al comercio. Yo descendí a los infiernos para sacar de ellos a Perseo y tomarle a la vida, porque mi padre Júpiter me dio también poder contra la muerte, contra la misma muerte. (*Oyese por la derecha lejana música funeraria de flautas y liras.*)

Admeto.- No podemos dilatar la conducción del divino cuerpo de Alceste a su morada eterna...(*A Hércules.*) Ya que el caso te ha traído a compartir nuestro duelo, yo te suplico, ¡oh príncipe! que honres con tu presencia la triste ceremonia.

Hércules.- De buen grado lo haré. Hércules, hijo de Júpiter, quiere ofrecer a la reina de Tesalia una flor humilde y preciada, ofrenda con que los cielos y la tierra galardonan ante el universo las preclaras virtudes de la esposa de Admeto.

Admeto.- Al oírte, ¡oh Príncipe!, mi alma se inunda de una claridad esplendorosa. En mi turbación ignoro si esta claridad es la gratitud o la esperanza. (*Se oye cada vez más cerca la música funeraria.*)

Hiperión.- Ya sale del palacio el fúnebre cortejo.

Gorgias.- Momento culminante de esta lamentable historia. La excelsa reina es conducida a su sepulcro.

Admeto.- ¡Guarden memoria eterna de ella los venideros siglos! (*Aparece por la derecha la cabecera del cortejo fúnebre: guerreros, patricios, magnates, sabios, dignatarios del Anfictionado de Tesalia, etc, etc, que desfilan lentamente hacia la izquierda, primer término.*

Admeto, Hércules y el séquito de éste, se agrupan silenciosos, aguardando el paso del féretro. Hiperión, Gorgias y Periandro se agregan a la comitiva. Demofonte aparece al frente de los sacerdotes. Después el cuerpo de Alceste, conducido en unas andas, a la mano, por guerreros y magnates; el cuerpo está cubierto por un velo finísimo que deja transparentar las facciones marchitas de la reina. Sobre las andas multitud de flores y hierbas olorosas. Detrás vienen las esclavas, llorosas, coronadas de mirto. Entre ellas, Tisbe y Friné, que conducen a Eumelo y Diomeda. Cuando las andas llegan al centro del escenario se adelanta Hércules, y con ademán imperioso detiene al cortejo. Cesa la música funeraria.)

Escena V

Los mismos; guerreros, patricios, magnates, sabios, dignatarios del Anfictionado de Tesalia, etc. Demofonte y los sacerdotes; esclavas, Eumelo y Diomeda, conducidos de la mano por Tisbe y Friné. Alceste

Hércules.- ¡Deteneos, los que conducís al sepulcro el cuerpo inanimado de la divina Alceste! En ese cuerpo frío quiero poner mi ofrenda, que es la flor de la vida.

Admeto.- (*Con inmensa emoción.*) No podrás, ¡oh príncipe!, no podrás. En el cuerpo de Alceste no existe el alma, anegada ya en las sombras del Erebo.

Hércules.- Poder me han dado los dioses para destruir los obstáculos que se oponen a la felicidad humana. Poder me han dado contra los monstruos, contra las calamidades, contra la muerte misma. (*Con inspirada elocuencia de taumaturgo.*) ¡Alma de Alceste: el hijo de Júpiter te conmina, con su potente voz, a que abandones el reino de Plutón y vuelvas a encender el calor de la vida en esta carne insensible!

Admeto.- (*Se precipita hacia las andas, levanta el velo que cubre a la reina, la besa en la frente y exclama con inmensa amargura.*) ¡Ay... fría está como el hielo!...

Hércules.- (*Con creciente gallardía y fiereza.*) ¡Alma de Alceste: obedece al conjuro del que lucha sin tregua contra el mal humano; del que ha movido los montes, del que ha variado el curso de los ríos, del que sacó a Perseo de las profundidades infernales! (*Corre hacia el cadáver y aparta al rey, que continúa besando a su esposa muerta.*) Apártate, Admeto; déjame. (*Coge la mano derecha de Alceste, tira del brazo suavemente y la incorpora poco a*

poco. La reina, al ser incorporada, permanece con la cabeza caída sobre el pecho.)
 ¡Obedece, alma sublime, alma bienhechora: vuelve al reino de la humanidad! (Pausa. Expectación. Alceste, con gran lentitud, levanta la cabeza, continuando con los ojos cerrados, mientras Hércules dice:) ¡Es forzoso que vivas, yo lo mando! (Admeto y cuantos hay en la escena, excepto el semidiós, al ver que Alceste levanta la cabeza, caen de rodillas.)
 Admeto.- (Delirante.) ¡Alceste! ¡Alceste!
 Alceste.- (Mueve ligeramente un brazo, y sin abrir todavía los ojos, con voz tenue y opaca pronuncia estas palabras.) Dejadme en esta orilla silenciosa... en este dulce anochecer...Almas errantes que veo en torno mío, no me dejéis salir... envolvedme en vuestra sombra...Quiero el reposo... quiero la paz...
 Admeto.- ¡Alceste, esposa mía!
 Esclavas.- (Prorrumpen en exclamaciones, diciendo:) ¡reina, reina!
 Alceste.- (Estremeciéndose al oír los desesperados llamamientos de Admeto y de las esclavas.) ¿Qué voces son éstas?...Ecos del mundo... que me llaman...No... no los oigo... me atormentan... me engañan...
 Admeto.- ¡No te engañamos!...¡Ven!
 Gorgias.- Reina, vuelve al amor de tu familia.
 Hiperión.- Vuelve a tus Estados. El pueblo te adora.
 Admeto.- Tu esposo te llama, te llaman tus hijos. ¡Ven, reina mía!
 Alceste.- (Trémula, medrosa.) No... no puedo...Callad, voces fingidas... engañosas...¡No puedo, no puedo!...(Pausa.) La barca de Caronte se acerca...Siento el chasquido de los remos en las aguas negras...Mas no volveré al mundo...Los dioses no quieren...Los dioses no me dejan.
 Hércules.- (Con grande exaltación.) ¡Divina mujer, acógete a la vida que te ofrezco; ven a la humanidad, que te reclama, que te necesita como ejemplo de inefables virtudes!
 Alceste.- Parte de mi ser se va... se ha ido... Acude al llamamiento de esas voces amadas...Otra parte de mi ser aquí se queda...No... no...Voy toda entera...Me llevan...Me arrastran...
 Admeto.- (Con delirante regocijo.) Ya su piel anuncia el calor de la vida.
 Alceste.- (Abre los ojos de la cara al público. Al verla abrir los ojos todos prorrumpen en exclamaciones de júbilo.) ¿Qué es esto?...¿Dónde estoy? (Pausa. Permanece espantada como sin darse cuenta de lo que la rodea.) Veo la luz. (Mira a todos con estupor.) ¿Quiénes sois?...¿Es esto el mundo, o un ensueño, una quimera infernal?
 Hércules.- Es el mundo, reina, es la realidad, es la vida.
 Admeto.- Alceste, adorada Alceste, mírame, mira a tus hijos. (Eumelo y Diomeda se precipitan en brazos de su madre, y la besan con frenesí. Admeto abraza a su esposa con ternura intensísima.)
 Alceste.- (Dándose cuenta de la realidad.) ¡Hijos de mi alma, Admeto querido!...¿Sois vosotros?...¿Es verdad que os tengo entre mis brazos?
 Admeto.- Sí.
 Eumelo, Diomeda.- Sí... sí...
 Admeto.- ¡Glorifiquemos a Hércules, vencedor de la muerte!
 Hércules.- Mi destino es combatir por la vida humana, donde florece y fructifica el árbol del amor.
 Alceste.- (Poniéndose en pie y elevando sus ojos y brazos al cielo.) ¡Bendito sea el héroe que con su voz potente me restituye al seno amoroso de la santa humanidad!
 (Telón.)

